

# Dino Buzzati

La famosa invasión  
de Sicilia por los osos



**G A D I R**



Titulo original:

*La famosa invasione degli orsi in Sicilia*

Primera edición: noviembre 2004

Segunda edición: diciembre 2004

© Herederos de Dino Buzzati. Todos los derechos reservados.

Publicado en

Italia por Arnoldo Mondadori Editore, Milán

Derechos exclusivos de edición en castellano reservados para todo el mundo:

© 2004 Gadir Editorial, S.L.

Jazmín, 22 - 28033 Madrid

[www.gadireditorial.com](http://www.gadireditorial.com)

© de la traducción: María Estébanez

© de la ilustración de cubierta e ilustraciones interiores: Dino Buzzati

Diseño: Gadir Editorial

Maquetación: MCF TEXTOS, S.A.

Impreso en Anzos, S. L. - Fuenlabrada (Madrid)

Impreso en España - Printed in Spain

ISBN: 84-934045-1-9

Depósito legal: M. 53.506-2004

## ADVERTENCIA

Este archivo es una corrección, a partir de otro encontrado en la red, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos **DEBES SABER** que **NO DEBERÁS COLGARLO EN WEBS O REDES PÚBLICAS, NI HACER USO COMERCIAL DEL MISMO**. Que una vez leído se considera caducado el préstamo del mismo y deberá ser destruido.

En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.

Queremos dejar bien claro que nuestra intención es favorecer a aquellas personas, de entre nuestros compañeros, que por diversos motivos: económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas, no tienen acceso a la literatura, o a bibliotecas públicas. Pagamos religiosamente todos los cánones impuestos por derechos de autor de diferentes soportes. No obtenemos ningún beneficio económico ni directa ni indirectamente (a través de publicidad). Por ello, no consideramos que nuestro acto sea de piratería, ni la apoyamos en ningún caso. Además, realizamos la siguiente...

## RECOMENDACIÓN

Si te ha gustado esta lectura, recuerda que **un libro es siempre el mejor de los regalos**. Recomiéndalo para su compra y recuérdalo cuando tengas que adquirir un obsequio. (Usando este buscador: <http://books.google.es/> encontrarás enlaces para comprar libros por internet, y podrás localizar las librerías más cercanas a tu domicilio.)

## AGRADECIMIENTO A ESCRITORES

Sin escritores no hay literatura. Recuerden que el mayor agradecimiento sobre esta lectura la debemos a los autores de los libros.

## PETICIÓN

Cualquier tipo de piratería surge de la escasez y el abuso de precios. Para acabar con ella... los lectores necesitamos **más oferta en libros digitales**, y sobre todo **que los precios sean razonables**.



*dibujos del autor*



*Sobre las antiguas montañas de Sicilia, hace mucho, mucho tiempo, dos cazadores capturan al oseño Tonio, hijo del rey de los osos, Leoncio. Pero esto sucede algunos años antes del comienzo de nuestra historia.*

# LOS PERSONAJES



**Rey Leoncio.** Es el rey de los osos: hijo de un rey que, a su vez, tenía un rey por padre; oso, por tanto, nobilísimo. Es grande, fuerte, valeroso, bueno (y además inteligente, aunque no más de la cuenta). Esperamos que le queráis mucho. Su piel es magnífica y él está justificadamente orgulloso de ella. ¿Defectos? Quizá es un poco demasiado incauto y, en diversas circunstancias, se mostrará más bien ambicioso. No lleva corona en la cabeza: se distingue de los otros osos, además de por su aspecto general, porque lleva en bandolera un gran sable pendiente de un tahalí. Precisamente por haber guiado a sus animales en la invasión de Sicilia alcanzará la inmortalidad; o por lo menos lo merecería.



**Tonio.** Hijito del Rey Leoncio. Poco se puede decir de él. Era aún muy pequeñito cuando dos cazadores desconocidos lo capturaron en las montañas y lo llevaron a la llanura. Desde entonces no hemos sabido nada más. ¿Qué habrá sido de él?



**El Gran Duque.** Tirano de Sicilia y enemigo jurado de los osos.

Extraordinariamente orgulloso, se cambia de traje siete u ocho veces al día; no por eso consigue parecer menos feo de lo que es. Los niños le hacen burla a escondidas por su gran nariz ganchuda. ¡Ay de ellos si se enterase!



**Profesor De Ambrósiis.** Personaje importantísimo del que haríais bien en aprenderos enseguida el nombre. Era astrólogo de la Corte, es decir, en palabras más sencillas, estudiaba todas las noches las estrellas (a menos que estuviese nublado), y según su posición anunciaba al Gran Duque las cosas antes de que sucedieran; todo esto mediante difícilísimos cálculos, o al menos eso decía él. Naturalmente, no todo le salía bien: algunas veces acertaba y otras no; y entonces venían los disgustos. Hace poco, aun habiendo adivinado exactamente, hizo rabiar terriblemente al Gran Duque —ya veremos por qué—, y fue arrojado de mala manera del palacio. De Ambrósiis además dice ser mago y saber hacer encantamientos; hasta ahora, sin embargo, no los ha hecho. En realidad, posee una varita mágica que guarda con todo cuidado y que nunca ha utilizado. Parece, en efecto, que esta varita puede ser usada solamente dos veces, después de lo cual pierde su virtud y puede ser tirada a la basura. Exteriormente, ¿qué aspecto tiene el profesor De Ambrósiis? Altísimo, flaco, seco, con una larga barbita en punta. En la cabeza una chistera desmejorada, sobre los hombros un larguísimo balandrán sucio y mugriento. ¿Bueno? ¿Malo? Vosotros juzgaréis.



**Oso Salitre.** Uno de los más distinguidos, íntimo del Rey Leoncio. Es guapísimo y gusta mucho a las ositas. Siempre elegante, buen orador, le gustaría alcanzar los más altos cargos del Estado. Pero, ¿qué cargos le puede confiar Leoncio en la soledad de las montañas? No, no está hecho para la áspera vida de las peñas y los neveros; Salitre solamente se sentiría a gusto en el gran mundo, entre recepciones, bailes y festines.





**Oso Padrazo.** Gigantesco, quizá el más alto de todos (se dice que le saca una cabeza al Rey Leoncio); además, es muy valiente en la guerra. Sin su intervención providencial, la invasión de Sicilia hubiera acabado, el mismo primer día, en un chasco terrible.



**Oso Teófilo.** ¿Quién hay más sabio que él? Con los años ha aprendido muchas cosas. El Rey Leoncio le pide frecuentemente consejo. En nuestra historia aparecerá solamente unos minutos; y ni siquiera en carne y hueso, como veréis. Pero es tan bueno que sería una perversidad no recordarlo.



**Oso Esmeril.** De baja condición pero de ánimo generoso y de muy buena voluntad. Suele permanecer apartado, abstraído en algún maravilloso sueño de batallas y gloria. ¿Lo logrará? Quizá nos equivoquemos, pero cualquier día dará que hablar.



**Oso Frangipán.** En apariencia, nada de particular. Pero admirable por su agudo ingenio. Se divierte proyectando una gran cantidad de ingenios y máquinas indiscutiblemente geniales; sin embargo, en las montañas le falta material, así que hasta ahora no ha podido prácticamente combinar nada notable. Quizá más adelante.



**Oso Jazmín.** Dotado de un espíritu de observación muy especial, consigue ver lo que otras gentes mucho más instruidas que él no saben percibir. Un buen día va a convertirse en una especie de detective aficionado. Es un buen animal, en quien podemos confiar totalmente.



**Señor de Molfetta.** Príncipe de cierta importancia, primo y aliado del Gran Duque. Tiene a sus órdenes un ejército verdaderamente extraño y temible, como ningún otro monarca posee. Por ahora no podemos decir más; y es inútil que insistáis.



**Troll.** Viejo y pérfido ogro que vive en el castillo de Tremontano. Se alimenta preferiblemente de carne humana, en especial tierna (pero también de oso, se entiende). Por sí solo, como es tan viejo, no conseguiría agenciársela; pero tiene a su servicio, justamente para eso, al Gato Macaco en persona.



**Gato Macaco.** Monstruo legendario y ferocísimo. Consideramos oportuno no hablar extensamente de él aquí. Ya os entrará bastante miedo cuando entre en escena de improviso. Es inútil asustarse ahora. Para las tristezas siempre hay tiempo, como decía precisamente el oso Teófilo, tan buena persona.



**La Serpiente de Mar.** Otro monstruo, aún más gigantesco y no menos peligroso. En compensación, es mucho más limpio, ya que vive siempre en el agua. Tiene forma de serpiente, como su propio nombre indica; pero con cabeza y dientes de dragón.



**Lobo Furioso.** Tercer monstruo. Puede ser que no aparezca en la historia, incluso no tendría por qué aparecer nunca, si estamos bien informados. Pero nunca se sabe, podría llegar de un momento a otro. Y entonces, ¿qué papel hacemos nosotros, sin haberlo anunciado?



**Fantasmas** diversos. De feo aspecto, pero inofensivos. Son los espíritus de los hombres y de los osos muertos. Es difícil distinguir entre unos y otros. De hecho, cuando se transforman en espectros, los osos pierden el pelo y el hocico se les acorta; así que poca es la diferencia con los humanos; los fantasmas de los osos son, no obstante, más gorditos. En la historia saldrá también, muy poquito, el espíritu de un antiguo reloj.



**El Viejo de la Montaña.** Genio poderosísimo de los peñascos y los glaciares. De temperamento propenso a la ira. Ninguno de nosotros lo ha visto y nadie sabe con exactitud dónde está, pero podemos estar seguros de que existe. Por eso, siempre es mejor tenerlo de buenas.



**Un búho.** Se oirá su voz, unos momentos, en el capítulo segundo. Escondido en el fondo de la floresta, no lo podremos ver, sobre todo porque ya habrá caído el crepúsculo. El retrato aquí impreso es, por lo tanto, totalmente imaginario. El búho no hará más que entonar una de sus melancólicas cancioncillas, como hemos dicho. Después nada.

# LOS ESCENARIOS

Al principio veremos las majestuosas montañas de Sicilia que, sin embargo, en Sicilia ahora ya no existen (¡han pasado tantísimos años!). Todas cubiertas de nieve.

Después se descenderá al verdeante valle, con aldeas, arroyuelos, bosques llenos de pajarillos y casitas esparcidas aquí y allá: un paisaje bellissimo.

Pero a los lados del valle se alzan siempre los montes, menos altos y escarpados que los que vimos al principio, pero también llenos de asechanzas; por ejemplo: castillos embrujados, grutas con dragones venenosos, otros castillos donde viven los ogros, y así sucesivamente. Hay que estar, pues, siempre atentos, sobre todo de noche.

Poco a poco nos iremos acercando a la fabulosa capital de Sicilia, de la que hoy no queda ni el recuerdo (¡han pasado tantos años!). Está circundada por montañas altísimas y provista de fortalezas. La fortaleza principal se llama Castillo del Cormorán. Y allí nos las vamos a ver buenas.

Entraremos por fin en la capital, famosa en todo el mundo por sus palacios de mármol oscuro, sus torres que llegan al cielo, sus iglesias recubiertas de oro, sus jardines siempre floridos, sus circos ecuestres, sus parques de atracciones, sus teatros. El Gran Teatro Excelsior es el más hermoso de todos.

¿Y las montañas de las que hemos salido? ¿No volveremos nunca más a nuestras viejas montañas?





# CAPÍTULO PRIMERO

*Oigamos ahora, sin mover ni un ojo,  
la famosa invasión de Sicilia por los osos.*

*Sucedió en los tiempos de Maricastaña  
cuando las bestias son buenas y el hombre no engaña.  
En aquellos tiempos Sicilia no era  
como ahora, sino de otra manera:  
altas montañas se alzaban al cielo  
con la cima cubierta de hielo,  
y en medio de las montañas, los volcanes  
que tenían la forma de panes.  
Especialmente había uno  
que formaba una bandera con el humo  
y de noche aullaba como un loco  
(no ha dejado de aullar ni siquiera un poco).*

*En las oscuras cuevas de las montañas  
vivían los osos comiendo castañas;  
setas, trufas y brotes de enebro buscaban,  
comían sin parar hasta que se hartaban.*

Bien. Muchos años antes, mientras el Rey de los osos, Leoncio, con su hijuelo Tonio, buscaba setas por sus montes, dos cazadores le habían robado al pequeño. El padre se había alejado un momento por un despeñadero y ellos habían sorprendido al osezno solo e indefenso, le habían atado como un paquete y le habían bajado por los precipicios hasta el fondo del valle.

*Tonio, Tonio, llama fuerte  
pero las horas pasan eternas.  
Responde al eco de las cavernas  
y alrededor un silencio de muerte.  
Se pregunta ¿dónde estará?  
¿Le habrán llevado a la ciudad?*

Finalmente, el Rey volvió a su guarida y contó que su hijo había muerto, despeñado desde una roca. No habría tenido valor para decir



la verdad; hubiera sido una vergüenza para un oso, figuraos para el Rey. A fin de cuentas, se lo había dejado capturar.

Desde aquel día no había vuelto a tener paz. Cuántas veces había pensado en bajar entre los hombres a buscar a su hijito. Pero ¿cómo hacerlo solo? ¿Un oso en medio de los hombres? Lo matarían y encadenarían, y entonces adiós. Así pasaban los años.

Y he aquí que llegó el invierno más terrible de todos los inviernos. Un frío tal que hacía castañetear los dientes a los mismos osos bajo sus espesas pieles. Una nieve que cubría todas las plantitas; y no había nada que comer. Un hambre que hacía gemir noches enteras a los ositos más jóvenes y a los osos delicados de los nervios. No aguantaban más. Hasta que uno dijo: «¿Y por qué no bajamos a la llanura?» Se veía, en las mañanas claras, el fondo del valle limpio de nieve, con las casas de los hombres y los humos que salían de las chimeneas, señal de que se preparaba alguna cosa de comer. El paraíso estaba allí, parecía. Y los osos, desde las altas peñas, se pasaban horas contemplándolo, exhalando profundos suspiros.

«Bajemos al llano. Mejor luchar contra los hombres que morir de hambre aquí arriba», decían los osos más animosos. Y a su Rey, Leoncio, a decir verdad, no le disgustaba la idea: sería una buena ocasión para buscar a su hijito. El peligro, si todo el pueblo bajaba en masa, sería mucho menor. Los hombres se lo pensarían dos veces antes de afrontar un ejército así.

Ignoraban los osos, incluso el Rey Leoncio, cómo eran en realidad los hombres, cuán malos y astutos, qué armas tan terribles poseían, qué trampas sabían elegir para aprisionar a los animales. Los osos no lo sabían, los osos no tenían miedo. Y decidieron dejar las montañas para bajar a la llanura.

*Reinaba en aquella época el Gran  
Duque, del que oiremos hablar tanto.  
Villano, feo y dominante,  
seco y delgado como un palo.  
Pero, ¿quién podrá nunca apreciar  
al Gran Duque, cruel tirano?*

Habría que decir ahora que unos meses antes el profesor De Ambrósiis, el astrólogo de la Corte, había profetizado que de las montañas descendería un ejército invencible, que el Gran Duque sería derrotado y que el enemigo se apoderaría de todo el país.

El profesor habló así porque estaba seguro del asunto, basándose en cálculos hechos con las estrellas. Pero ifiguraos el Gran Duque! Lleno de rabia, hizo arrojar al astrólogo del palacio después de haberle apaleado. No obstante, como era supersticioso, ordenó a sus soldados subir a las montañas y matar a todos los seres vivientes que encontrasen. Así, pensaba, no quedaría nadie en los montes y nadie podría bajar para conquistar su reino.

Los soldados partieron, armados hasta los dientes, y mataron sin

misericordia a todos los seres vivientes que encontraron allá arriba: eran viejos leñadores, pastorcillos, ardillas, lirones, marmotas y hasta inocentes pajarillos. Tan sólo se salvaron los osos, escondidos en sus profundísimas cavernas, y el Viejo de la Montaña, el gran viejo misterioso que nunca podrá morir y que nadie sabe con certeza dónde pueda estar.

*Pero una tarde un heraldo llega.  
Anuncia: «¡En los montes hay una sierpe  
[negra!»  
La serpiente resulta hecha de puntitos:  
los forman los osos, las osas y ositos.  
«¿Los osos?», ríe el Gran Duque. «¡ja, ja!  
¡Ya veremos quién vencerá!»  
Pronto se oye una fanfarria:  
es el ejército que se prepara.  
¡Adelante! ¡March! ¡Gentuza!  
¡Mañana será la lucha!  
Se puede ver la batalla  
en el dibujo de la otra página.  
El Gran Duque desde abajo, los osos desde arriba  
y comienza la degollina.  
Pero, ¿qué pueden los osos armados con lanzas,  
[flechas y arpones  
contra fusiles, escopetas, culebrinas y cañones?  
Llueve el plomo, enrojece la nieve,  
¿quién a tantos muertos cavar la fosa puede?  
El Gran Duque que por prudencia se quedó más lejos  
observa la escena con un catalejo.  
Y los cortesanos, por verle contento,  
le han pintado en la lente un oso muerto.  
Así, a cualquier sitio que vuelva la mirada  
no ve más que fieras caer descuartizadas.  
«Excelencia, ¿qué se ve?»  
«Veo un oso sin un pie.»  
«Y ahora, excelencia, ¿hay novedad?»  
«Siempre osos muertos, uno aquí, otro allá.»  
Entonces el Gran Duque, como dictador,*



*Los osos, empujados por el frío y por el hambre, descienden hacia la llanura y entablan batalla contra el aguerrido ejército del Gran Duque, que acude para rechazarlos. Pero la intrepidez del oso Padrazo pone en fuga a los soldados granducales.*



*envía a sus oficiales recompensas al valor.  
«¡Estupendo», exclama, «Chachi,  
[extraordinario!]  
Pero no había contado con el oso Padrazo.*

En efecto, el oso Padrazo, de miembros gigantescos y de corazón intrépido, ha trepado, con algunos compañeros dignos de él, a un peñasco que da vértigo, sin preocuparse del peligro, y, una vez alcanzada la cima, construye inmensas bolas de nieve que precipita a manera de aludes sobre las escuadras del Gran Duque.

Con sordo ruido, los blancos proyectiles se abaten justamente sobre lo más denso del ejército del Gran Duque. Allá por donde pasan, las terribles masas de nieve se llevan todo por delante.

*Tales golpes, ruina, escarmiento,  
como para aterrorizar a un regimiento.  
Y la tropa desvaría aturullada:  
«¡Debe de ser el Viejo de la Montaña!»  
La avalancha de bolas de nieve  
helados de horror a los soldados mantiene.  
¡Huye, huye! ¿Quién lo prohíbe?  
El mismo miedo se lo impide.  
Basta que el pánico se declare  
para que no haya quien lo pare.  
Los muertos se transforman en gusanos  
y de rabia el Gran Duque se muerde las manos.  
Los osos gritan victoria:  
el día acabó con gloria.*





## CAPÍTULO SEGUNDO

*Si observáis muy lentamente  
el dibujo del combate,  
veréis un tipo sorprendente  
en el paisaje que el viento bate.  
Ese triste tipo es el profesor De Ambrósiis  
pero no se me ocurre qué rimar con ósiis.*

*Venga, arriba, ¿no eres hechicero?  
¿No cambias, si quieres, las piedras en huevos,  
las plantas en piedras preciosas  
y los cerdos en rosas?*

*¡Ay de mí! No están los tiempos  
como cuando Berta hilaba  
y una varita bastaba  
para tener a todos contentos.*

*La varita del profesor  
sirve dos veces y basta;  
después para siempre se gasta  
y su fuerza no tiene valor.*

*Inútil es la sangre del dragón  
o el pico de cuervo asado,  
dos veces y después todo se acabó  
y el mago ya no es tal mago.*

*Pero De Ambrósiis tiene una obsesión;  
piensa siempre en las enfermedades.  
Sus dos únicas oportunidades  
las reserva para su curación.*

*Podría ser rico, hacer  
montones de dinero, comer  
tres veces en un momento.  
Pero todo le importa un pimiento.*

*Y ahora que os lo hemos presentado,  
volvamos al relato comenzado.*

Cuando el ejército del Gran Duque partió a la guerra con los osos, De Ambrósiis se había preguntado si no sería aquélla una buena ocasión para ganarse de nuevo el favor del tirano y hacerse readmitir en la Corte. Bastaba con que consumiese uno de sus dos encantamientos; los osos serían barridos de en medio y el Gran Duque le levantaría, sin más, un monumento. Por eso había rondado sin ser visto por los alrededores del campo de batalla, dispuesto a intervenir en el momento oportuno.

La derrota del Gran Duque había sido tan súbita y fulminante que sorprendió al mismo mago. Cuando sacó del bolsillo la varita mágica para salvar al Gran Duque, ya los osos irrumpían desde la montaña cantando victoria y el Gran Duque había puesto pies en polvorosa. Así que el mago se quedó con la varita levantada, atraído por un nuevo pensamiento: «¿Y por qué ayudar a aquel imbécil del Gran Duque, que me ha echado como a un perro? —meditaba el profesor—, ¿por qué no hacerme en cambio amigo de los osos, que deben de ser unos simplones?, ¿por qué no hacerme nombrar ministro suyo? Con los osos no hay necesidad de hacer encantamiento, bastará con algunas palabras difíciles y se quedarán con la boca abierta como unos babiecas. ¡Ésta sí que es una buena ocasión!»

Entonces guardó la varita y, por la noche, cuando los osos victoriosos estaban acampados en un bosque, banqueteadose con las provisiones abandonadas en su fuga por el Gran Duque, cuando entre los pinos apareció la luna iluminando dulcemente las praderas (porque en el valle no había nieve), cuando empezó a oírse en la soledad de la noche la melancólica llamada del búho, el profesor De Ambrósiis se armó de valor, se dirigió hacia los osos y se presentó al Rey Leoncio.

Oíd ahora cómo habla, cuánta sabiduría sale de su boca.

Explica que es mago, nigromante (que es más o menos lo mismo), adivino, profeta, hechicero. Dice que sabe hacer magia blanca y magia negra, leer en el curso de los astros; en suma, conoce una gran cantidad de cosas extraordinarias.

«Bien», responde el Rey Leoncio con mucha cordialidad. «Estoy contento de que hayas venido; porque ahora me encontrarás a mi hijito».

«¿Y dónde está ese hijito tuyo?», pregunta el mago, dándose cuenta de que el asunto no es tan simple como había imaginado.

«¡Hombre!», exclama Leoncio. «Si lo supiese, ¿qué necesidad tendría de preguntártelo a ti?»

«O sea, ¿tú querrías un encantamiento?», balbucea el profesor, confuso.

«¡Pues claro, exactamente eso, un encantamiento. ¿Y qué es eso para un sabiondo como tú? ¡No te estoy pidiendo la luna!»

«Majestad», suplica entonces De Ambrósiis, olvidando los aires que se había dado un momento antes. «Majestad, ¡me quieres arruinar! Yo sólo puedo hacer un encantamiento, uno solo en toda la

vida!» (decía, mintiendo como un bellaco). «¡Tú quieres arruinarme realmente!»

Empezaron, por tanto, a discutir; Leoncio, decidido a que le dijeran dónde había ido a parar su hijito, el mago obstinado en no soltar prenda. Los osos, cansados y satisfechos, se durmieron, y ellos dos discutían aún.

La luna alcanzó la cúspide del cielo y empezó a descender por el otro lado, y ellos dos discutían.

La noche se consumió pedacito a pedacito, y la discusión no acababa todavía.

El alba despuntó, mientras el mago y el Rey seguían aún disputando.

Pero como las cosas en esta vida suceden cuando menos se las espera, así, con los primeros rayos del sol, de una colina cercana se levantó un nubarrón negro y amenazante, como un ejército que avanzase.

«¡Los jabalíes!», gritó un centinela apostado en el límite del bosque.

«¿Los jabalíes?», preguntó Leoncio sorprendido.

«¡Exactamente, los jabalíes, Majestad!», respondió el oso centinela, entendido como todos los buenos centinelas.

Eran realmente los jabalíes del señor de Molfetta, primo del Gran Duque, que buscaban la revancha. En lugar de soldados, este importante príncipe había adiestrado para la guerra un ejército de grandes puercos salvajes, que eran fieros y muy valientes además de famosos en todo el mundo. Agitaba el látigo el señor de Molfetta desde lo alto de la colina (en donde permanecía apartado para evitarse disgustos), ¡y los terribles cerdos al galope! ¡Los colmillos silbaban al viento!

¡Ay de mí, los osos dormían aún! Dispersos aquí y allá por el bosque, en torno a los apagados fuegos del vivac, estaban soñando los dulces sueños de la mañana, que siempre son los más bonitos. También dormía el corneta, y no podía dar la alarma. En su trompeta, abandonada sobre la hierba, el fresco viento de la floresta soplaba gentilmente, ejecutando débiles melodías con un sonido suave que no llegaba a despertar a los animales.

Con Leoncio vigilaba solamente un escaso pelotón de osos fusileros; eran los centinelas de servicio, armados con las escopetas arrebatadas al Gran Duque; y nadie más.

Los jabalíes, con la cabeza baja, se precipitaban al asalto.

«¿Y ahora», balbuceó el profesor De Ambrósiis.

«¿No lo ves?», contestó con cierta amargura el Rey Leoncio. «Nos hemos quedado solos. Y ahora nos toca morir. ¡Intentemos, al menos, morir decentemente!» Desenvainó la espada. «¡Moriremos como valientes soldados!»

«¿Y yo?», suplicaba el astrólogo. «¿Y yo?»

¿Morir también él, De Ambrósiis? ¿Y por una cuestión tan estúpida? No tenía, ciertamente, ningún deseo. Pero los jabalíes estaban ya a poco más de cien metros, parecían una avalancha.

Y entonces el mago rebuscó en sus bolsillos, sacó la varita,



pronunció en voz baja algunas extrañas palabras, trazó unos signos en el aire. ¡Qué fácil era hacer un encantamiento con tanto miedo en el cuerpo!

Y he aquí un jabalí, el primero, el más gordo de todos, que se separa de repente de la tierra, inflándose e inflándose, transformándose en un verdadero y auténtico globo: un hermosísimo globo aerostático que volaba hacia el cielo. Después un segundo, después un tercero y después un cuarto.

A medida que iban llegando, los fatales cochinos quedaban misteriosamente embrujados, se hinchaban como vejigas.

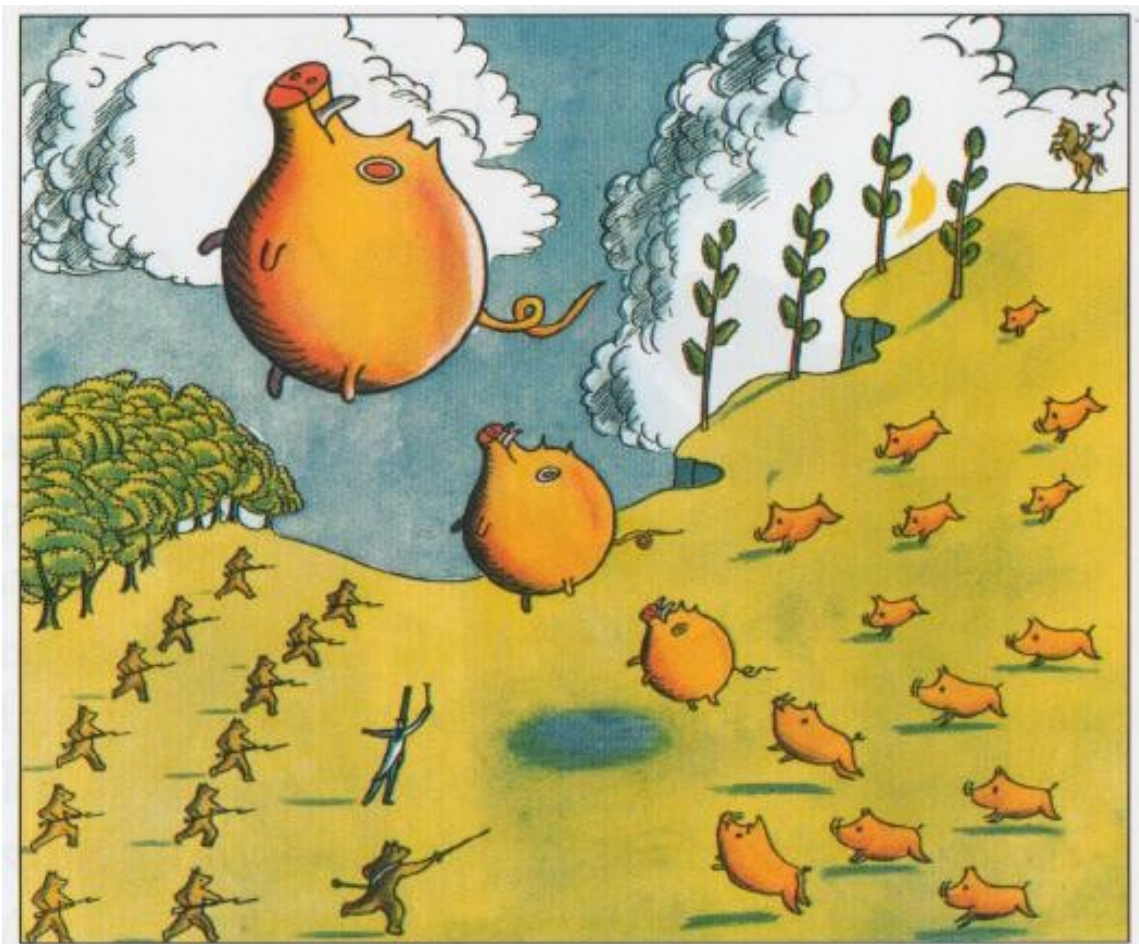
¡Eh!, cómo despegan; van con los céfiros y los pajaritos, acunados dulcemente por la brisa.

Así lo había querido el destino. Había habido que gastar el primero de los dos encantamientos y a De Ambrósiis no le quedaba más que uno: otro golpe de varita mágica y se convertiría en un hombre como cualquier otro, viejo y feo por añadidura. ¿Para qué había servido entonces tanta avaricia?

Pero entretanto el encantamiento había salvado a los osos. Se veía desaparecer el último de los jabalíes, ya no era más que un puntito negro en lo alto de la bóveda celeste.

*De ahí los conocidos relatos ya lejanos  
de los jabalíes voladores molfetanos.*





*Los jabalíes de guerra del señor de Molfetta atacan de repente a los osos, pero el astrólogo De Ambrósiis los transforma, mediante un encantamiento, en globos aerostáticos acunados dulcemente por la brisa. De ahí la conocida leyenda de los jabalíes voladores molfetanos.*



## CAPÍTULO TERCERO

Había en la vecindad un viejo castillo. Por allí había más bien muchos en aquellos tiempos, pero nosotros queremos decir precisamente la Roca Diabla, que estaba totalmente en ruinas, fea y llena de alimañas; era el más famoso porque allí habitaban los fantasmas. En todos los castillos antiguos, como vosotros sabéis muy bien, vive generalmente un fantasma, o como máximo dos o tres. En la Roca Diabla ni se podían contar, eran centenares, o quizá millares, escondidos durante el día hasta en el agujero de la cerradura.

Hay madres que dicen: «No consigo entender qué gusto puede haber en contar a los niños historias de fantasmas; luego se asustan y de noche se ponen a gritar porque han oído el ruido de un ratón». Y quizá las mamás tengan razón. Pero hay que considerar tres cosas: primero, que los espíritus, admitiendo que existan, jamás han hecho mal a los niños; ni siquiera han hecho daño a nadie. Son los hombres los que los quieren tener miedo; los espíritus o los fantasmas, si es que existen (y hoy día prácticamente han desaparecido de la faz de la tierra), son como el viento, la lluvia, las sombras de los árboles, la voz del cuco por la noche, cosas naturales e inocentes; y probablemente están tristes por tener que estar solitos en viejas casas melancólicas y deshabitadas; probablemente, como no los ven casi nunca, tienen miedo de los hombres, y si demostrásemos un poco más de confianza, se volverían amables o se pondrían a jugar encantados; por ejemplo, al escondite.

En segundo lugar, debemos decir que la Roca ya no existe, que ya no existe la ciudad del Gran Duque, que ya no hay osos en Sicilia y que la historia está ya tan lejana que no hay por qué impresionarse.

*Surgía triste, taciturno y sombrío  
sobre un precipicio el castillo aludido,  
y fuese ignorancia o superstición  
gozaba de muy mala reputación.  
Se decía que quien durmiera entre sus muros  
muerto de espanto amanecía de seguro.  
¡Fantasmas, larvas, espíritus, espectros,  
[apariciones,  
había de noche a montones!*

Muerto y tieso había sido encontrado hasta el Martonella, famoso bandido que se jactaba de no tener temor ni de Dios. El hecho es que era fanfarrón y prepotente cuando le rodeaban sus esbirros o cuando estaba borracho. Pero en el castillo derruido y desierto, sin un tabernero que le llevase las jarras de vino una tras otra, sin camaradas con los que poder bromear y darse valor, al encontrarse por primera vez completamente solo, el Martonella empezó a pensar en sus cosas, se acordó de pronto de todas las canalladas que había hecho y ya empezaba a sentir en su cuerpo una inquietud jamás sentida antes, cuando casualmente pasaron por delante de él los espíritus de dos viejos barqueros a los que había matado para robarles. Los fantasmas ni siquiera le miraron, no se dignaron ni darse cuenta de su presencia; pero el terror del bandido fue tanto que se le paró la respiración. Y desde aquel día la gente pudo circular de nuevo de noche por los caminos, sin temor a ser asaltada.

Ahora el profesor De Ambrósiis, enfadadísimo con el Rey Leoncio y con los osos por haber tenido que desperdiciar uno de sus dos hechizos disponibles, quería vengarse. Y pensó que sería magnífico llevar a las fieras a la Roca Diabla: como eran tan ingenuos, a la vista de los fantasmas los osos se quedarían, como mínimo, muertos de repente.

Dicho y hecho. De Ambrósiis aconsejó al Rey Leoncio que llevara a sus animales a pasar la noche en el castillo: encontrarían donde dormir, comer y divertirse. «Mientras tanto, yo voy por delante para hacer los preparativos».

Y corrió por delante de ellos a la Roca para poner sobre aviso a los fantasmas. Como mago, tenía gran confianza con los espíritus, sabía muy bien que no eran peligrosos y les trataba sin excesivos miramientos.

«¡Arriba, arriba, amigos!», gritaba el profesor, corriendo por los salones ruinosos, invadidos ya por el crepúsculo. «¡Despertad, que llegan los huéspedes!»

Y de los cortinajes polvorientos, de las armaduras herrumbrosas, de las tiznadas chimeneas, de los viejos libros, de las botellas, hasta de los tubos del órgano de la capilla, salían en tropel los fantasmas. Feas caras, a decir verdad; cualquier cosa menos alentadoras para quien no tuviese práctica. Pero a él, De Ambrósiis, personalmente le traían sin cuidado, él era como de la familia.

*iPero con esto no se contenta  
y con el fuelle de la chimenea  
va soplando por los intersticios  
despertando a los nobles espíritus!  
«¡Arriba, condesa», susurra, «es el día requerido  
para imitar del gato el maullido.  
Y también vosotros, ilustres señores,  
hacedme el favor de ir a los salones.  
Esta noche habrá gran fiesta de espantos  
maullidos, gemidos, estridor y llantos.  
Cuanto más miedo deis, más bello será*

*y el Rey Leoncio reventará».*

¡Medianoche, la hora de las brujas! Desde la torre más alta, el espíritu de un antiguo reloj, ahora totalmente desvencijado, emitió doce débiles «ideng! ideng!» y nubes de murciélagos se desprendieron de las ruinosas bóvedas, desparramándose por el castillo. Justo en aquel momento, el Rey Leoncio, a la cabeza de su pueblo, avanzaba por los desolados corredores, maravillándose de no encontrar luces encendidas, ni mesas servidas, ni orquestas de músicos (como De Ambrósiis había prometido).

¡Sí, sí, músicos!

De una gran telaraña que colgaba de un rincón se desprendieron, avanzando hacia Leoncio, una docena de espectros que gemían y hacían muecas.

«Los osos, animales ingenuos —había pensado De Ambrósiis—, tendrían un miedo de mil demonios». Pero el cálculo había fallado. Precisamente por ser simples e ingenuos, los osos contemplaron aquellas extrañas apariciones con curiosidad y nada más. ¿Por qué atemorizarse? No tenían dientes, ni colmillos, ni uñas; y sus voces se parecían a la de la lechuza.

«¡Vaya, mira, unas sábanas que bailan solas!», exclamó un oseño.

«Y tú, hermoso pañuelito, ¿por qué giras de ese modo?» preguntó otra fiera de un pálido espiritillo que daba vueltas a la altura de su hocico.

Pero ved también que los espíritus se detienen, dejando los gemidos y las locuras.

«¿Qué es esto?», grita uno de ellos con voz débil, pero ansiosa, cambiando completamente de tono. «¡Nuestro buen Rey! Pero, ¿cómo?, ¿no me reconocéis?»

«Pues... no sé... verdaderamente...», murmura Leoncio azorado.

«Soy Teófilo», dice el espíritu, y después, indicando a sus compañeros: «y éstos son Gedeón, Bafis, Narizotas, Patillas, tus fieles osos. ¿No los reconoces?»

Finalmente, el Rey los reconoció. Sus osos caídos en la batalla se habían transformado ya en espectros. Refugiados en el castillo, se habían hecho enseguida amigos de los fantasmas de los hombres y vivían en buena compañía. Pero ¡cómo habían cambiado! ¿Dónde estaban el simpático hocico, las robustas patas, la suntuosa piel? ¡Se habían hecho diáfanos, débiles, pálidos, como velos evanescentes!

«¡Mis bravos osos!», dice Leoncio conmovido, tendiendo las garras.

Se abrazaron, o al menos intentaron abrazarse, porque la cosa no es tan fácil entre un oso de carne y hueso y un fantasma hecho de materia impalpable. Entretanto llegaban más osos por una parte, más fantasmas por otra. Entre estallidos de risas y exclamaciones de alegría se sucedían nuevos reconocimientos. También los espíritus de los hombres, pasado el primer momento, acudían festivamente. No les parecía verdad a los espectros que, por fin, hubieran conseguido encontrar una ocasión para alegrarse un poco. Encendidas las

hogueras, empezaron sin más las danzas a los sones de una improvisada orquestina: había un violoncelo, un violín y una flauta, por no hablar de los cantantes y de los bailarines.

¿Y De Ambrósiiis? ¿Cómo no se le ve? Se ha escondido en un rincón oscuro y desde allí observa la escena, maldiciendo la estupidez de los espíritus, que no han conseguido meter miedo a los osos. Pero por esta noche ya no hay nada que hacer.


Bailaron, cantaron y se quisieron osos y fantasmas. Un viejo espectro, en el colmo del regocijo, bajó a rebuscar en las bodegas del castillo, entre esqueletos, arañas y enormes ratones, una cuba de un vino tan viejo que ni siquiera el Gran Duque poseía otra igual. Leoncio, como Rey, después de haber participado en el primer baile en corro, prefirió apartarse con el fantasma de Teófilo, que había sido un oso sabio y prudente. Y con él discutió largamente la situación y la posibilidad o no de encontrar a su hijito raptado.

«¡Ah, tu Tonio!», dijo en ese punto Teófilo. «¡Me olvidaba de decírtelo!» ¿Sabes que aquí he tenido noticias tuyas? ¿Sabes que se encuentra en el T...?»

No pudo acabar la palabra. «¡Deng! ¡Deng! ¡Deng!», hizo el espíritu del antiguo reloj. ¡Las tres de la mañana! ¡La hora de acabar el encantamiento! De repente, los espíritus se disolvieron como el vapor que sale de las ollas, se transformaron en una ligera nubecilla que tembló un poco en los salones, con ligeros susurros, y luego desapareció.

Leoncio había llorado de rabia. ¡Y pensar que estaba a punto de saber dónde estaba su Tonio! Pero tenía que resignarse. Sería inútil esperar a la noche siguiente. Porque una antigua ley establece que los fantasmas no pueden verse más que una vez al año.





*El profesor De Ambrósiis atrae a los osos a la hórrida Roca Diabla, poblada de espectros, para que sucumban por el miedo. ¿Podía imaginar que todo acabaría en una fiesta con música, cantos, valeses y minuetos entre las embrujadas ruinas?*





## CAPÍTULO CUARTO

El pequeño Tonio, hijo del Rey Leoncio, se encontraba, pues, «en el T...» Pero, ¿qué diablos de palabra podría ser ésa? ¿Qué quería decir el fantasma del viejo Teófilo? Leoncio trataba de adivinar... ¡Cuántas cosas empezaban por «T»! ¿Tablero de las fichas? ¿Tiro al blanco? ¿Teatro? ¿Trópico? ¿Tribunal? ¿Tarima? ¡Oh, era inútil empeñarse! Acaso Teófilo quería decir que Tonio estaba en el «término» de sus problemas, por ejemplo, o en el término de su vida (pero qué horrible idea). Hasta que uno dijo: «¿Y si el viejo quiso aludir al Tremontano, el castillo cercano a éste?»

El Rey Leoncio no lo había oído nombrar nunca, pero algunos osos, de esos que siempre lo saben todo, se le explicaron: el Tremontano era un castillo situado en el fondo de un estrecho valle de los montes Peloritanos, distante como máximo tres o cuatro leguas. El castillo estaba habitado por un ogro llamado Troll, que vivía solo.

¿Y si el ogro Troll había hecho prisionero al osezno? Había que ir a ver. Y el Rey Leoncio, con un batallón, organizó la marcha.

El ogro dormía. Era ya viejo y pasaba los días en la cama, levantándose solamente unos momentos para comer. En cuanto a la comida, se había organizado bien. Habéis de saber que hacía mucho tiempo había conseguido capturar al famoso Gato Macaco, que era casi tan grande como una casa de las nuestras. Encerrado en una inmensa jaula en el patio del castillo, el Gato Macaco se veía obligado a trabajar para el ogro.

¿Quién de vosotros no había oído hablar nunca del Gato Macaco? En una ocasión había recorrido de arriba abajo Europa devorando hombres y caballos. De vez en cuando corría la voz: «¡Llega el Macaco!» Entonces los aldeanos huían a las montañas o se encerraban en casa. Pero él corría como el viento y siempre había alguno al que no le daba tiempo a esconderse. Hasta que un día cayó por la garganta del Tremontano, y allí estaba el ogro al acecho, con una gran red hecha de cabellos de brujas. El Gato fue hecho prisionero y encerrado en el jaulón.

Y así estaban ahora las cosas.

A la entrada del valle el ogro había puesto falsos carteles indicadores, con letreros así: «A la posada de Jauja, comida y alojamiento gratis, a veinte minutos de camino». O bien: «¡Niños!

¡Distribución de preciosísimos juguetes!», y una flecha indicaba el camino. O también: «Caza prohibida», e inmediatamente los cazadores se dirigían a aquel sitio.

Caminantes, niños desobedientes que retozaban por los campos en lugar de estudiar, cazadores furtivos en busca de caza, llegaban de esa forma al Tremontano.

En ese momento, las cornejas de guardia se precipitaban en la habitación del ogro, le despertaban a picotazos, el ogro Troll abría un portillo de la jaula del Gato Macaco, el Gato Macaco sacaba una zarpa y trituraba al forastero. Después Troll escogía con cuidado las carnes más tiernas y sabrosas y el resto se lo echaba al Macaco.

El ogro, pues, dormía. Acababa de engullir a un apetitoso chiquillo llamado Beppino Malinverni, alumno de tercero de Primaria, que aquella mañana había hecho novillos.

Pero una corneja entró veloz por la ventana, voló hasta la cama del ogro y, con la mayor diligencia, se puso a picotearle la nariz.

«¿Qué haces, animalucho?», refunfuñó Troll sin abrir siquiera los ojos.

«Visitas, mi señor, visitas», graznó la corneja.

«¡Maldición! ¿Por qué no se podrá nunca dormir tranquilo?», renegó el ogro saltando del lecho.

¿Y qué ve acercarse al castillo por el camino cortado a pico en la roca? ¿Caminantes, niños, cazadores, algo apetitoso para comer? Ve al profesor De Ambrósiis, que subía todo apresurado.

«¡Eh, esqueleto andante!», gritó el ogro, que lo conocía desde hace años. «¿Qué casualidad te trae por aquí?»

«Despierta, Troll», dice el mago, poniéndose bajo las ventanas. «¡Llegan los osos!»

«Bien, bien», responde el ogro. «El oso: buenísima carne. Un poco durilla, si se quiere, pero llena de sabor. ¿Y cuántos son? ¿Un par de ellos?»

«Sí, sí, un par», se carcajeó el mago. «Alguno más».

«¿Diez, quieres decir? ¡Mi Gato tendrá para hartarse!»

«Sí, sí, diez», y De Ambrósiis, cosa rara, se retorció de risa. «¡Verás qué hermosa compañía!»

«¿Quieres hablar, brujo del infierno?», gritó el ogro con una voz como para hacer temblar las montañas. «Rápido, ¿cuántos son?»

«Un batallón, si lo quieres saber. Serán doscientos o trescientos. Y vienen a hacerte una pequeña visita».

«¡Por el diablo!», exclamó Troll, impresionado al fin. «Y entonces, ¿qué hacemos?»

«¡Tú libera al Gato! ¡Ábrele la jaula! Ya sabrá él arreglar las cosas».

¿Liberar al Gato Macaco? ¿Y si después se iba a sus asuntos? La idea, no obstante, era excelente.

Y había poco tiempo que perder. Allá por el fondo del valle, donde el camino empezaba a trepar por la ladera de la montaña, se veía avanzar ya una larga fila de puntitos negros, una fila que no acababa nunca.

Troll salió al patio y abrió la jaula.

Hacía un día estupendo. Jadeando un poco, los osos subían a buen paso. Cuando, de pronto, los rayos del sol se apagaron como por un temporal repentino.

Los osos levantaron la vista.

¡Dios mío! Aquello no eran tinieblas ni temporal, sino la sombra del Gato Macaco, que se precipitaba ya desde las peñas.

*Garzas, tábanos,  
puercos, grillos,  
grullas, nematóceros,  
perros y vampiros,  
arañas, tarántulas,  
pulgas y armadillos,  
itodo es buen bocado  
para el Gato Macaco!*

*Jesuses, Antonios, Pedros, Evaristos,  
fregonas, marqueses y niños muy listos,  
Bernardos, Carlos, Césares, Macarios,  
condes, jueces, notarios,  
itodo es buen bocado  
para el Gato Macaco!*

*Sangre y carnicería,  
aullidos y gritería,  
temblores, ruina, caídas enormes,  
masacres y hecatombes,  
itodo es buen trabajo  
para el Gato Macaco!*

Los osos no habían visto nunca nada igual.

Hay quien, entonces, pide ayuda; quien huye; quien intenta hacerse pequeño y esconderse en las grietas de las rocas; quien dispara en una defensa inútil; quien directamente se arroja al abismo, no queriendo ser pasto del legendario monstruo.

Sólo uno pierde la cabeza. Es un oso de familia humilde denominado Esmeril, considerado hasta ahora por la mayoría como algo tonto, quizá porque es un poco duro de oído. Pero en esta ocasión no es necesario oír. Cuando ve que el Gato Macaco hace estragos entre sus compañeros, Esmeril extrae de un saco una hermosa bomba de las que cogieron al Gran Duque y, llevándola bien apretada entre las garras, corre hacia las fauces del monstruo.



*En la oscura garganta de los montes Peloritanos, los osos son atacados por el Gato Macaco, sediento de sangre. Y unos huyen, otros disparan en inútil defensa, otros se esconden y otros se arrojan por el precipicio, no queriendo que con él se sacie el legendario monstruo.*

«¡Esmeril, estás loco! ¿Qué haces?», le grita alguno. Pero él, derecho hacia la muerte.

El Gato no tiene ni siquiera necesidad de agarrarlo. Se lo encuentra justo bajo la boca y se lo traga vorazmente, con piel y todo. Cae dando vueltas en el estómago del monstruo. Cuando llega al fondo, prende fuego a la mecha.

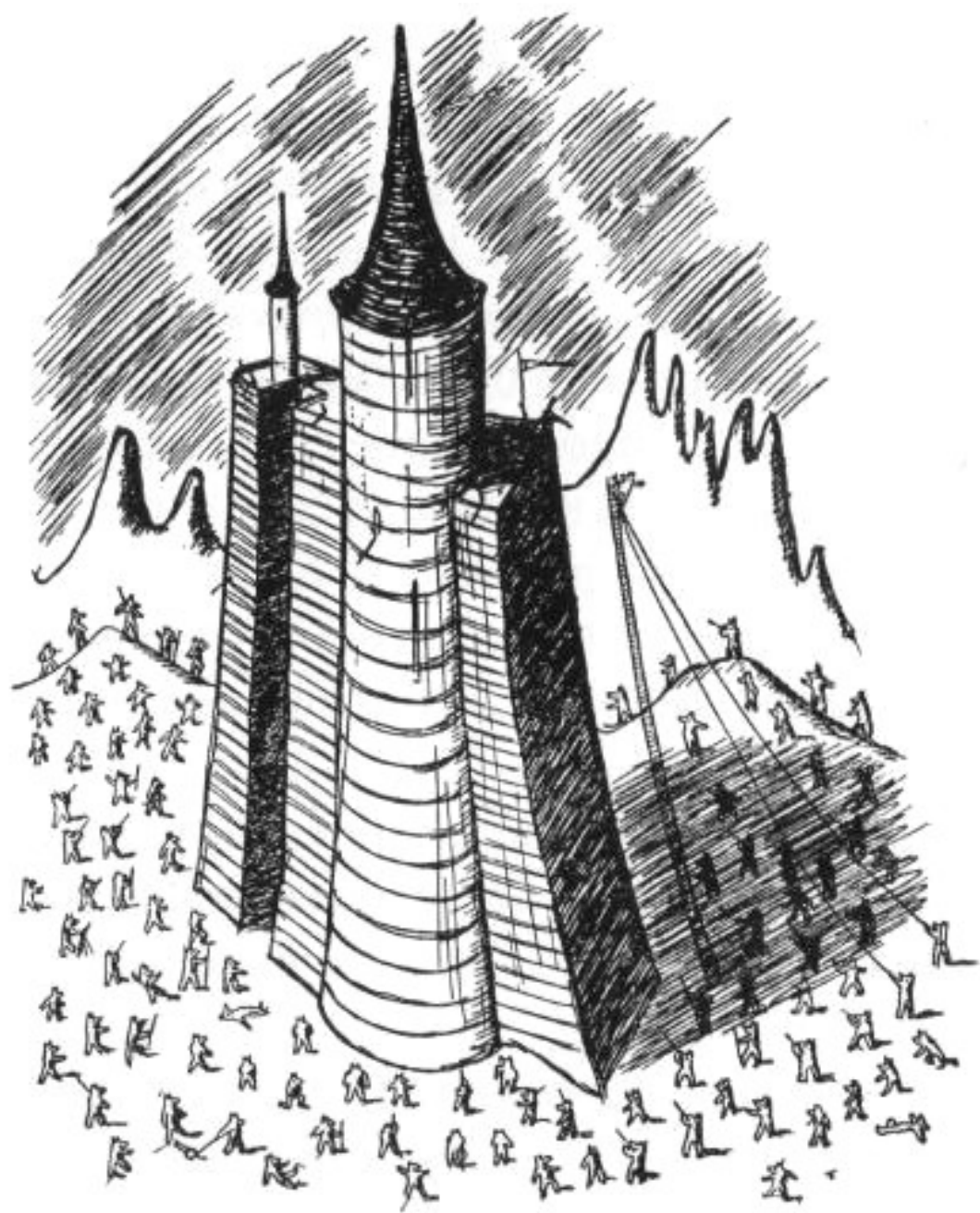
Un relámpago cegador, un nubarrón negro, un maullido que hiela la sangre. Durante un instante no se entiende nada. Después el viento hace desaparecer el humo y como locos los osos se ponen a bailar y a entonar alegres canciones.

En el fondo del barranco yace el Gato con la panza reventada, muerto. Y un poco más allá, todo chamuscado y molido, el bravo oso Esmeril, que se ha sacrificado por sus compañeros. La explosión lo ha lanzado fuera del vientre del Macaco y, por suerte, ha ido a caer en una gran poza de agua, que ha amortiguado la caída y apagado el pelo, que ya le ardía. Se levanta por sí solo, consigue aún caminar, ¡viva!

No obstante, se oye a alguien que llama: «¡Tonio, Tonio mío! ¿Dónde estás?» Es el Rey Leoncio, que se lanza hacia el castillo con la esperanza de encontrar a su hijo. Entra en el patio, vaga de sala en sala. No se ve alma viviente. No hay rastros del osezno. Por doquier, vacío y silencio.

¡Ay!, cuántas fatigas por nada, cuántos osos muertos inútilmente; hubiera sido mejor no hacerse ilusiones.





## CAPÍTULO QUINTO

A las puertas de la capital estaba el enorme Castillo del Cormorán, la fortaleza de las fortalezas, la más fuerte de las fortalezas conocidas en aquel tiempo. El camino que llevaba a la ciudad pasaba a través de él. Pero si sus puertas, puertas de hierro macizo, estaban cerradas, nadie podía entrar. Ejércitos enteros lo habían intentado, durante largos meses habían acampado a las puertas de la capital disparando continuamente sus cañones para destrozar las murallas; pero como si nada. Cansados y decepcionados habían tenido que resignarse a emprender el camino de la retirada.

Así que el Gran Duque estaba al resguardo de la fortaleza, tranquilo como un canónigo. ¡Los osos! Que vinieran los osos a hacer la prueba, estaríamos encantados, montañas de proyectiles estaban preparadas contra sus pellejos. Y los centinelas paseaban arriba y abajo por el camino de ronda de las murallas, con la escopeta al hombro. «¡Alerta! ¡Alerta!», se gritaban unos a otros cada media hora, y todo marchaba divinamente.

Pero los osos seguían adelante por el camino del valle, cantando sus rudas canciones, y pensaban que ya se habían acabado las batallas. Las puertas de aquella gran ciudad (se imaginan) les serían abiertas, el pueblo les saldría al encuentro llevándoles tortas y jarros llenos de miel. ¡Animales valientes y buenos como ellos! ¿Por qué los hombres no iban a hacer enseguida amistad con los osos?

Y una tarde aparecen en el horizonte las torres y las cúpulas de la ciudad totalmente iluminadas, los blancos palacios, los maravillosos jardines. Pero delante de ellos, altísimos y espantosos como peñascos, los muros de la fortaleza. Desde una torreta de ángulo un centinela les divisa: «¿Quién vive?», gritó a toda voz. Y como los osos continuaban avanzando, disparó un tiro de fusil. Un osito de tres años fue herido en una pierna y se desplomó sobre el polvo. Entonces todo el ejército se detuvo, sorprendido y un poco atemorizado. Y los jefes se reunieron para tomar una decisión.

Valor, osos. Hay que superar aún este obstáculo y después todo habrá acabado. Detrás del castillo hay cosas para poder comer, beber y divertirse, y podría también suceder que en la ciudad se encuentre el hijo del Rey Leoncio, el osezno raptado por los cazadores en las montañas. Mañana será jornada de batalla. Mañana por la noche, victoria.



Pero el castillo tiene altos muros, cada uno de ellos de tanto espesor como veinte de los corrientes; centenares de guerreros armados hasta los dientes están en su puesto en lo alto de los bastiones; los cañones muestran sus negras bocas por las troneras y el Gran Duque, que suele ser muy avaro, ha hecho distribuir a los soldados, para animarles, toneles de vino, aguardiente y cazalla, cosa que ni los más viejos del lugar recordaban, ni siquiera en días de fiesta nacional.

A las seis de la mañana siguiente, las trompetas dieron la señal a una y otra parte. Los osos, cantando himnos patrióticos, se lanzaron al asalto. Pero, ¿cómo? ¿Cómo? ¿Con escopetas y sables contra murallas de piedra y portones de hierro? Desde arriba hubo un crepitar de disparos, llamas, humo y gritos; aquello parecía el fin del mundo. Y alguien arrojaba incluso pedruscos desde lo alto de la fortaleza.

«¡Adelante, mis valientes!», gritaba el Rey Leoncio, animando a la lucha.

Pero era gritar en balde. Uno a uno caían en torno suyo los mejores guerreros, exhalando el último suspiro. Los famosos osos de la montaña caían como moscas y Leoncio mismo no tenía ni idea de cómo se las iba a arreglar. Algunos, clavando las uñas en las grietas, intentaban escalar por las esquinas; subían diez o quince metros, después una bala les hacía caer.

Un completo desastre.

Y entonces, ¿por qué en el dibujo, que ciertamente corresponde a la verdad, se ve, por el contrario, a los osos alcanzar la cima de las murallas y algunos hasta los tejados de la fortaleza, por encima incluso de los soldados granducales? ¿Por qué en el dibujo parece que los osos están a punto de vencer? ¿Por qué, pues, esta guasa?

Porque mientras, han pasado siete días, ésta es la razón, y los osos, después de haberse batido en retirada de mala manera en el primer intento, se han preparado para un segundo asalto. Un viejo oso, llamado Frangipán, especialmente versado en artes mecánicas, fue hasta el Rey y le dijo:

«Majestad, las cosas se ponen mal. En la primera batalla nos han sacudido. En la segunda nos pasará igual, Majestad...»

«Lo sé, querido Frangipán», respondió Leoncio. «Mal, muy mal».

«Nos hemos ganado una tunda con toda la razón», repitió Frangipán, que no gastaba tantos cumplidos, «y nos ganaremos otra, a menos que...»

«A menos que... ¿qué cosa?»

«A menos que encontremos una cincuentena de osos que no padezcan vértigo. Ven a ver, Majestad. He fabricado una cosilla...» Y le llevó a verla.

En un rincón apartado, el ingenioso Frangipán, con trastos encontrados por aquí y por allá durante el viaje, había montado un taller y fabricado algunas extrañas máquinas. Había un mortero inmenso, por cuya boca podía entrar un ternero con todos sus cuernos, había una catapulta gigantesca, había larguísimas escalas y muchas otras diabluras.

«Con estas cosas», dijo Frangipán después de haber explicado su uso, «verás la que podremos organizar».



*Capitaneados por su Rey Leoncio, los osos asaltan el Castillo del Cormorán, a la entrada de la capital, y se apoderan de él después de treinta y dos días de lucha sangrienta, mediante los astutos ardides y máquinas ideados por el oso Frangipán.*

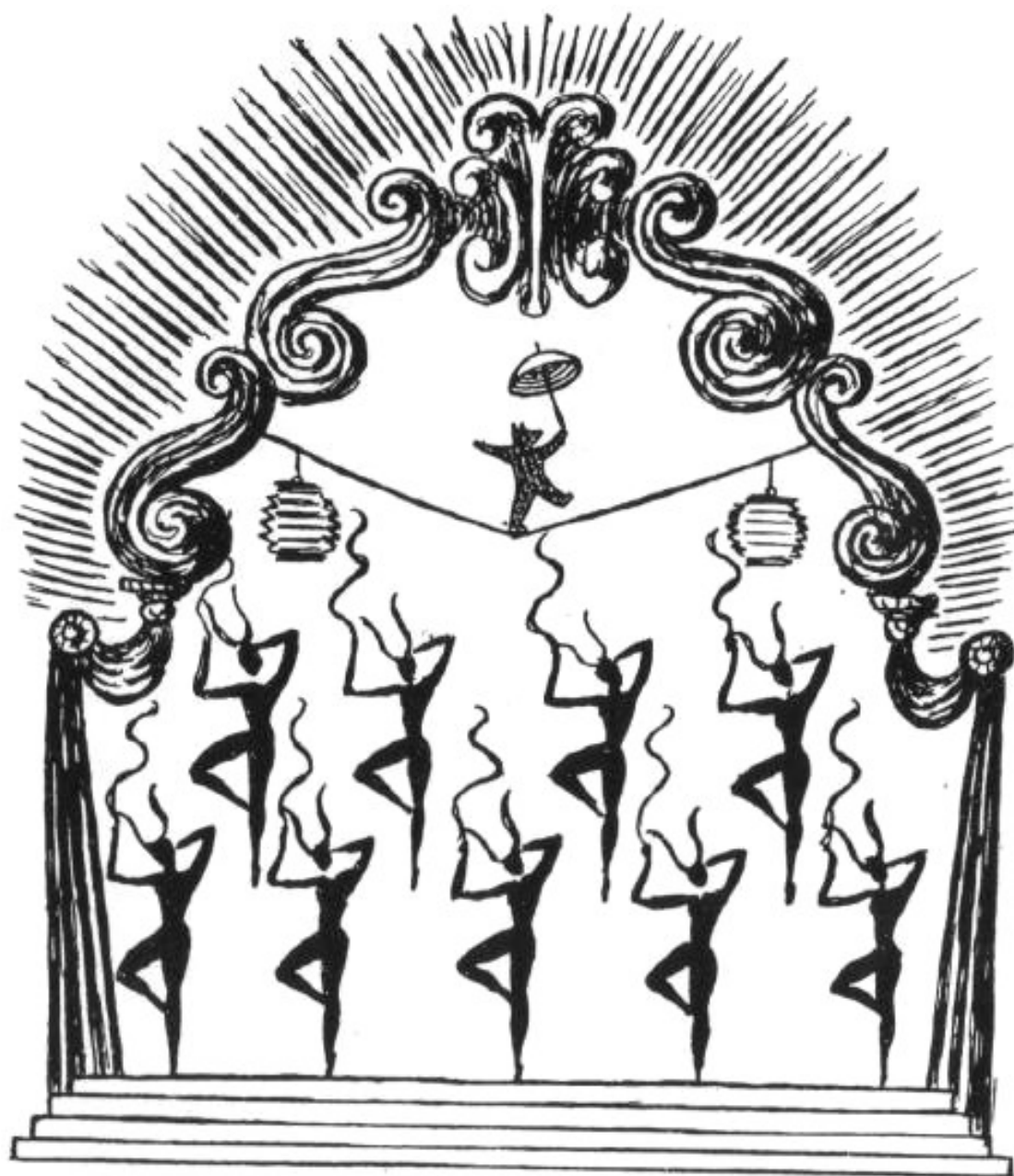
Y, en efecto, la organizaron. Cuando los osos volvieron al ataque, el Gran Duque ni se movió de sus habitaciones para ver qué pasaba, tan seguro estaba de que serían definitivamente derrotados; al contrario, se cambió de uniforme, poniéndose uno blanco con bordados plateados y violetas, porque aquella noche tenía la intención de ir al teatro. Se limitó a ordenar una nueva distribución de bebidas a los soldados con el fin de que avivaran su valor.

Vino y aguardiente, sin embargo, no fueron suficientes hasta la mañana. Porque vosotros mismos os daréis cuenta de lo que pasó:

*Dispara el gran cañón  
y fuera va un oso como una exhalación  
montado sobre la bala  
como si fuera en una cabalgata  
(lo mismo que en otra época habrá de contarse  
del famoso barón de Münchhausen).  
Mirad ahora la catapulta  
cómo a un segundo oso impulsa  
(¿no habrá pasado algo malo  
en el cucharón preparado?)  
Así, isale proyectado  
hacia la inmensidad de lo creado!  
Vuelan como pájaros alados  
por encima de los tejados.  
¿Y las escalas? Sube por algunas  
como cangrejos en salud.  
Alguna se hace astillas  
y los que caen se hacen tortilla.  
(Veréis abajo, a la derecha  
algunos grupos derrotados.  
Hay un guerrero con un golpe en la cabeza  
que se ha quedado algo atontado;  
pero estará dentro de poco  
lanzándose al ataque como un loco.)  
Moraleja: el cerco  
tendrá éxito cierto.  
Mientras el mando del castillo hace consultas,  
27 lanza la catapulta.  
Otros 23 dispara el cañón  
y suben por la escalera en proporción.  
Los granducales, ebrios y alcohólicos,  
no obedecen los mandatos diabólicos.  
Con demasiado aguardiente en la barriga  
han perdido la osadía.  
Explicarlo mejor quisiera;  
uno grita: «¡Sálvese quien pueda!»  
Otro escapa, y desde el edificio  
otro se lanza al precipicio.  
Así, pues: de una parte vanagloria*

*y de la otra ivictoria!*





## CAPÍTULO SEXTO

Entretanto, en el Gran Teatro Excelsior, mundanidad, lujo, elegancia, triunfaban aquella noche en el espectáculo de gala en honor del Gran Duque. Siete días antes los osos habían sido rechazados desde las murallas, valía la pena festejar el acontecimiento. La sala fulguraba verdaderamente de preciosas sedas y uniformes suntuosos. Había un príncipe indio con su princesa, había oficiales de todas las armas en traje de gala, había condes, vizcondes, marqueses y barones, y hasta un Langravio, lo que nadie sabía con exactitud qué significaba. Había dos altos dignatarios de la corte persa, y estaba el profesor De Ambrósiis de incógnito (pero, ¿cómo se puede estar de incógnito con una cara como esa que se reconoce a cien metros de distancia?); estaba completamente solo en un palco, con su inseparable chistera de un metro veinticinco de alta en la cabeza.

El programa, organizado expresamente para complacer al Gran Duque, comprendía:

- La danza del sicomoro*
- con seis bailarinas y un moro.*
- Los payasos con sus tonterías.*
- Tragadores de sables, de fuego*
- y de barajas de cartas de juego*
- con bocas que parecían alcancías.*
- Leones y tigres, pero inocuos.*
- Prestidigitadores y ventrílocuos*
- (que son esos que hablan con la panza).*
- Veinte bailarinas llegadas de Francia.*
- Ejercicios de focas y caballos.*
- Ocho elefantes negros y blancos.*
- Después: con chisteras y guantes*
- pulgas amaestradas y parlantes.*
- Al final un prodigio sin igual,*
- nada menos que el osezno Goliat,*
- pequeño, es verdad, pero no obstante*
- un número muy importante;*
- tanto es así, que en millas y millas*
- no se ha visto tal maravilla.*

El público había oído decir, por la mañana, que los osos habían vuelto al asalto de la ciudad, y había, a decir verdad, cierta inquietud. Pero la entrada en el teatro del Gran Duque y la Gran Duquesa, con gran pompa, disipó el temor: si sus Altezas se dignaban contemplar el espectáculo, quería decir, vive Dios, que las cosas iban bien. Y la orquesta tocaba, las bailarinas bailaban como libélulas y el ventrílocuo sacó de las tripas, ante la incredulidad de los patanes convencidos de que era un truco, sacó, decíamos, una voz como no había salido ni siquiera de los sepulcros.

De vez en cuando el Gran Duque hacía un gesto y un oficial se precipitaba a su lado para recibir órdenes.

«¿Novedades?», preguntaba el Gran Duque.

«Todo bien, Alteza Serenísima», respondía el oficial, no teniendo valor para decirle la verdad, que era muy diferente.

Y la orquesta continuaba tocando, las danzarinas bailaban, el prestidigitador extraía conejos vivos de calabazas huecas y el ventrílocuo hablaba con la panza de diversos temas y hasta entonó una cancioncilla que fue aplaudida.

Sonreía el Gran Duque, se divertía. ¿Acaso no iba todo viento en popa?

En realidad, todo era desorden, los osos se habían apoderado ya de la fortaleza e irrumpían por las calles de la capital.

Hasta que la catástrofe se reveló de la forma más sensacional en el mismo teatro. Entre los aplausos frenéticos de la multitud, el osezno Goliat había iniciado ya sus sorprendentes ejercicios, en equilibrio sobre una cuerda a veinte metros del suelo del escenario, dando vueltas a una sombrilla china, cuando se oyeron extrañas voces, se descorrió una cortina y el Rey Leoncio en persona, seguido por un pelotón de osos armados, apareció en el patio de butacas.

«¡Ay, los osos!», gimió desde un palco de tercera fila la mujer del Langravio, y con un suspiro cayó desvanecida.

«¡Manos arriba!», amenazaron las fieras a aquel público tan elegante.

Y todos, helados de terror, levantaron las manos (a excepción de las bailarinas que, de tanto miedo que les entró, quedaron convertidas en estatuas, así como estaban, con una pierna levantada, y algunas de ellas fueron posteriormente colocadas en la fachada del teatro, donde se pueden admirar aún hoy como perpetua memoria de aquel acontecimiento histórico).

Pero, ¿qué hace Leoncio? ¿Por qué en vez de caer sobre el Gran Duque, su mortal enemigo, mira de esa manera al osezno equilibrista? ¿Por qué tiende sus zarpas hacia el escenario y se tambalea como si estuviese borracho?

*Pues ahora, en el momento de más importancia,  
¿por qué no proponer una adivinanza?  
Ahí va: ¿quién conoce de vista  
a este osezno equilibrista?  
Juro que ya me lo habéis oído nombrar*



*y ahora mismo alguien os lo va a soplar.  
Pensad un poco. Probad con tesón  
y encontraréis la solución;  
hay alguno más listo que el demonio.  
Así que ¿quién será? No es otro que...*

«¡Tonio!», gritó al fin Leoncio con voz indescriptible, reconociendo a su hijito raptado.

Y también el osezno reconoció la voz de su padre, aunque hubieran pasado los años. Casi tropezó de la sorpresa, arriesgándose a caer desde lo alto, pero, como excelente artista que era, recobró enseguida el equilibrio y continuó la peligrosa travesía sin olvidarse de dar vueltas a la sombrilla.

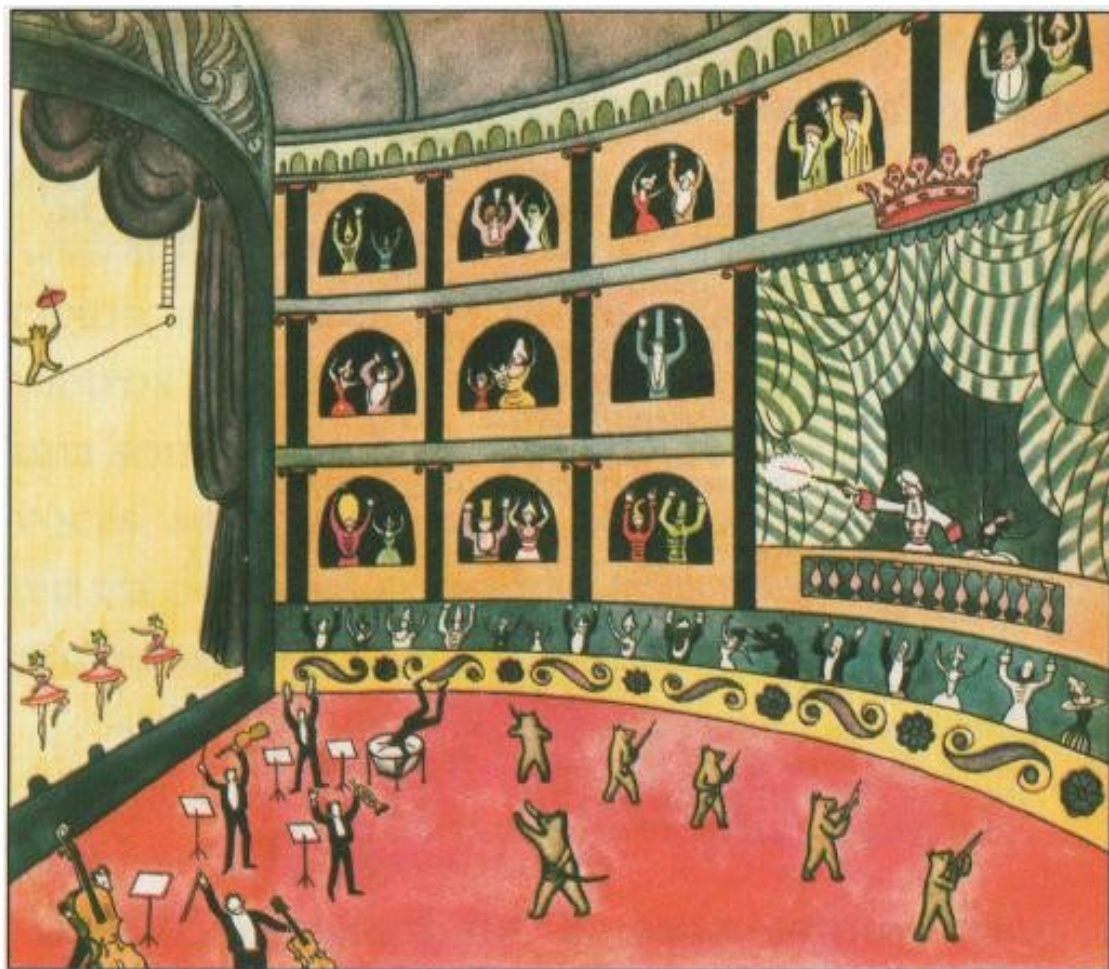
«Papá, papá», balbuceaba suspendido entre las mil luces del teatro el buen osezno, al cual, por motivos de propaganda, habían puesto aquel ridículo nombre de Goliat.

Pero, de repente, se oye «¡pum!», y todos sufren un sobresalto. El Gran Duque, que lo había comprendido todo, acaba de disparar sobre Tonio para vengarse, con su infalible pistola de empuñadura de ónice incrustado en piedras preciosas. Podía haberla tomado contra Leoncio, su adversario directo. Pero no, su maldad es mucho mayor de lo que se suele imaginar: ha preferido matarle a su hijo.

¡Escándalo de escándalos! No describiremos el lío que se armó para no perder el tiempo. Todos gritan, maldicen, lloran. Naturalmente, los osos hacen fuego desde el patio de butacas inmediatamente, acribillando al Gran Duque, que cae desplomado, tieso. Y por la sala se extiende el olor penetrante de la pólvora de los disparos, que los viejos soldados olfatean con satisfacción, pero que, por el contrario, hace toser a damas y damiselas.

¿Y Tonio? ¡Ay! Tonio está herido y cae de cabeza al escenario, en medio de las bailarinas que se habían petrificado anteriormente. Cae sobre el escenario y queda allí desvanecido, mientras el padre corre en su ayuda.

*Leoncio tiene en brazos a su hijo  
mientras solloza muy afligido:  
«Tonio, hijo mío adorado,  
¿me dejas cuando apenas te he encontrado?»  
Y lo aprieta entre sus brazos con cariño.  
Entonces la criatura abre un ojillo  
y le responde: «Padre, esto es el fin;  
ya sólo adiós te puedo decir».  
Llora el Rey como si fuera un niño:  
«No digas eso, Tonio mío.*



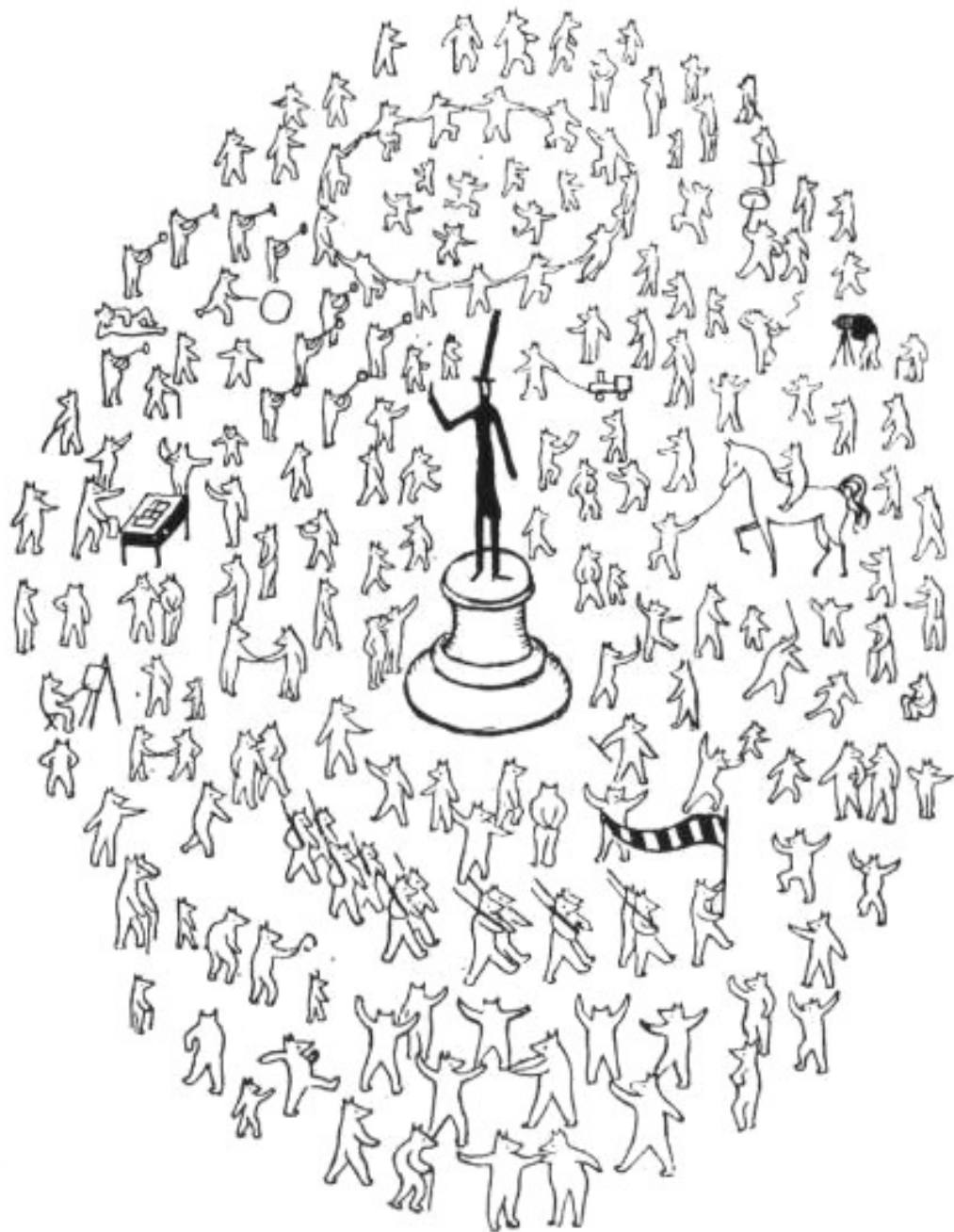
*Histórico golpe de escena en el Gran Teatro Excelsior: los osos victoriosos hacen irrupción en el teatro, el Rey Leoncio reconoce en el osezno equilibrista a su hijo, raptado cuando era un chiquillo, y el Gran Duque dispara, para vengarse, contra el osezno.*

*Verás como pasa el mal momento  
y volverán los buenos tiempos.  
Desaparecerán pronto tus dolores  
y no habrá más que juegos y flores».*

*¡Juegos y flores! Pero nadie lo puede creer. Con los ojos brillantes,  
dignatarios e importantes personajes descubren su cabeza en  
silencio. Hasta al profesor De Ambrósiis, miradlo, le tiembla un poco  
la barba. ¿Morirá, pues, el osezno? ¿Habrán sido vanas todas las  
fatigas de su padre? ¿La desgracia envenenará la gran victoria? ¿Tan  
cruel es el destino?*

*Un dos tres cuatro  
en el silencio del teatro  
vagan siniestros  
estos pensamientos.*





## CAPÍTULO SÉPTIMO

Y cuando el osezno yacía bañado en su propia sangre, cuando el Rey Leoncio prorrumpía en desesperados sollozos, cuando el público, ante la terrible escena, permanecía en su sitio lleno de piedad y espanto, cuando en el Gran Teatro, habituado a los cantos, la música y los aplausos, se hizo un gran silencio, entonces, por una ventanita que había quedado abierta por olvido, entró una blanca paloma que se puso a revolotear alegremente por la sala.

Era la paloma de la bondad y de la paz; y como sabía muchísimas cosas, creía haber llegado en el momento justo para celebrar también ella el hallazgo del osito raptado. Pero mirando a su alrededor, se dio cuenta enseguida, por la expresión de los rostros, de que, por el contrario, estaba sucediendo algo malo. Inmediatamente vio al Rey Leoncio que estrechaba entre sus brazos al hijito herido.

La paloma se quedó desconcertada. Así, pues, sus revoloteos eran inoportunos en aquel momento. El público la miraba con evidente fastidio. ¿Irse ahora? ¿Escondarse en algún rinconcillo oscuro? Pero una feliz inspiración la indujo a posarse justo en la cima de la chistera del profesor De Ambrósiis, que asistía azorado a la lacrimosa escena.

Todos los ojos se volvieron entonces hacia el viejo astrólogo. También el Rey Leoncio miró a De Ambrósiis. Y De Ambrósiis miró al Rey Leoncio. Un pensamiento dominaba el teatro: sólo el mago, con un golpe de su varita mágica, podía salvar al osezno; ¿por qué, pues, no se decidía?

No se decidía porque, después del episodio de los jabalíes molfetanos, sólo le quedaba un encantamiento disponible. Y si gastaba también éste, ¡adiós carrera de mago! Se volvería un pobre viejo cualquiera, pobre y feo por añadidura; y si enfermaba tendría que llamar al médico y tomar las más nauseabundas medicinas como cualquier otro enfermo, en vez de ponerse sano y robusto en un momento. ¿Se le podía pedir entonces semejante sacrificio? El Rey Leoncio mismo, aun teniendo muchas cuentas que ajustar con el mago, como era de tan buena pasta no se atrevía a pedirle un regalo semejante; y se limitaba a mirar a De Ambrósiis en silencio.



*A los sonos de escogidas orquestas, cuando llega la noche, los osos celebran un baile en los jardines iluminados por miles de luces, y el arrepentido profesor De Ambrósiis, no pudiendo participar a causa de su edad, se contenta con observar desde un rinconcillo.*

*Pero en el silencio se escuchó un tac tic  
que parecía de un pequeño corazón el batir.  
Con el pico la paloma sacudía  
un poquito la chistera; parecía  
querer decir al profesor:  
¿qué tienes en lugar de corazón?  
¿Por qué perder esta maravillosa ocasión  
de redención?  
¡Sólo el egoísmo te puede retener  
para impedirte hacer el bien!*

Y ahora vosotros, claro, no me creeréis, diréis que son cuentos, que estas cosas solamente pasan en los libros y así sucesivamente. Pero a la vista del osezno moribundo, el astrólogo sintió un repentino disgusto por todas las canalladas que había cometido por odio al Rey Leoncio y a sus osos (ilos fantasmas, el Gato Macaco!), sintió la impresión de que algo le quemaba en el pecho y, quizá también por el gusto de hacer un buen papel y convertirse en una especie de héroe, sacó de debajo de su balandrán la famosa varita mágica — pero, ¡qué poca gracia le hacía!— y comenzó el encantamiento, el último de su vida. Podía conseguir montañas de oro y castillos, convertirse en rey y emperador, destruir flotas y ejércitos, casarse con princesas indias; todo lo habría podido tener con aquel último sacrificio. Y, por el contrario:

*«Hareté», dice largamente, separando las  
[sílabas.*

*«Hareté finkete gamorré  
ábil fábil dominé  
brun stin maiela prit  
furu toro fifferit».*

Entonces el osezno abrió del todo los ojos y se puso en pie sin señales del agujero hecho por la bala (sólo se sentía un poco débil por la pérdida de sangre), mientras el Rey Leoncio, como enloquecido por la alegría, se ponía a bailar él solo en el escenario. Y la paloma, satisfecha, volvía a revolotear por aquí y por allá más contenta que nunca. Un grito se elevó altísimo: «¡Viva el profesor De Ambrósiis!»

Pero ya el astrólogo había desaparecido escabullándose por la portezuela del palco; corría hacia su casa apretando la varita, inútil ya, y él mismo no habría podido decir si estaba melancólico o extrañamente dichoso.

Y ahora, señoras y señores, es el momento de celebrar la fiesta. Uno quería un desfile militar, otro un baile nocturno. Después de grandes discusiones acabaron por escoger: por la mañana, desfile militar, y por la noche, baile con luminarias. Al primero, el osezno Tonio, todavía un poco débil, asistió sentado en una litera, envuelto en mantas suaves; pero en el baile pudo ya participar e iniciar, de la mano de su padre, el gran corro que giraba a ritmo de polca, ya que durante el día se había robustecido a base de pasteles y chuletas.

*Se inicia al principio  
en la plaza del municipio  
por donde desfilan los batallones  
bajo aguerridos pendones.  
Después músicas y fanfarrias  
desde los montes hasta las playas.  
Sigue la gran comilona  
con azúcar; miel, chocolate, mazapán,  
[almendrados, hojaldre relleno (de  
crema o [nata a escoger), frutas  
escarchadas  
y hasta flores de eletaria<sup>1</sup>.*

*Turrone, pestiños, pastafloras, un derroche,  
y mucho más hasta que llegue la noche.  
Después, en los jardincillos  
se encienden los farolillos,  
a los sones de la orquesta  
desde la izquierda a la derecha.  
(El viejo hechicero  
espiaba tras los setos.)  
Y tanto se bailó  
que la aurora despuntó,  
y la única tristeza  
fue que acabara con tanta presteza.*

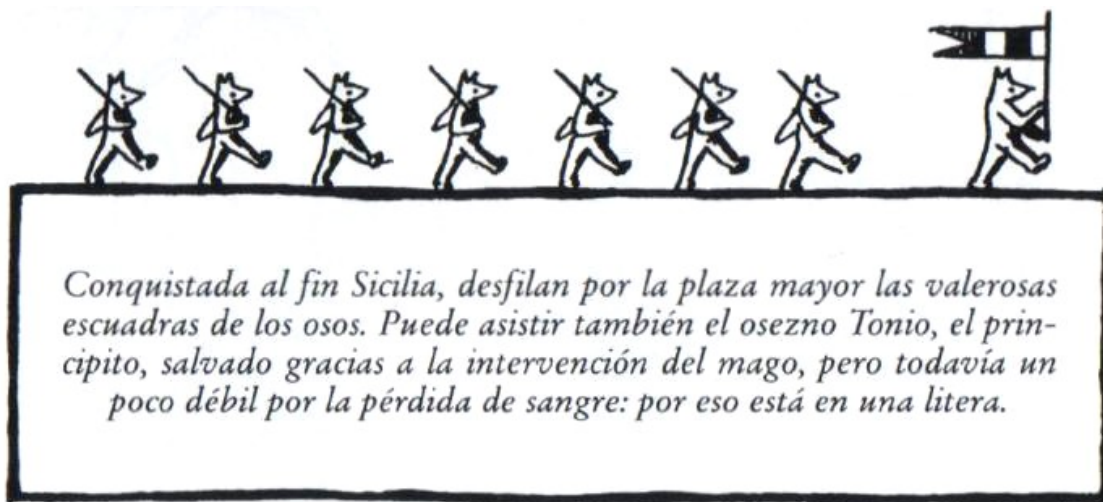


---

<sup>1</sup> Extraña planta tropical, muy apreciada por los indígenas.









## CAPÍTULO OCTAVO

*iAy, así es la vida! iNos imaginamos tener tanto tiempo...! Así descuidados pasamos los días; pero, en un suspiro, más de trece años van transcurridos.*

Nos volvemos a encontrar, como si no hubiese pasado nada, trece años después de la última vez que nos vimos, y el Rey Leoncio reina aún tranquilo en Sicilia porque nadie ha tenido nunca el valor de desafiarle. Hombres y osos están perfectamente de acuerdo y los días pasan plácidos; se diría que la serenidad habita el corazón de todos y que podría ser eterna. Como, además, estudiando y trabajando se hacen progresos, son edificados muchos y nuevos hermosos palacios en la capital y se construyen máquinas cada vez más complicadas, así como magníficas carrozas y extraordinarias cometas de colores. Y hasta se dice que el profesor De Ambrósiis, aunque sea más viejo que las campanas de la catedral, ha empezado desde el principio sus elucubraciones y se ha construido (a su edad, ¿os dais cuenta?) una nueva varita mágica, menos poderosa que la que ya gastó en los osos, pero así y todo bastante buena; el astrólogo espera arrancarle por lo menos un pequeño encantamiento para curarse en el caso de que agarrase una enfermedad, si no gravísima, regular por lo menos.

No obstante, mirad al Rey a los ojos y os daréis cuenta de que no es feliz. Demasiadas veces sus miradas, a través de los ventanales de su palacio, se dirigen tristemente a las lejanas montañas que se elevan más allá de las más altas torres de la ciudad. ¿No eran quizá más bellos —se pregunta en secreto— los tiempos transcurridos allá arriba, en la solemne soledad de las peñas?

*Entonces, tenían suficiente  
para comer, con bayas; dormían sobre ramas  
y bebían tranquilos de bruces en la fuente.  
Hoy beben en copas de cristal  
no les basta con el más fino fuá-gras  
y duermen en sus lujosas camas.  
iOh! Qué mal vivían allí arriba  
y en cambio ahora todos viven contentos.  
Pero qué lástima que, como en otros tiempos,*

*ya no soporten vientos, piedras y espinas,  
hielos o tormentas bajo el cielo negro  
con el corazón ligero.*

Y además a Leoncio le desagradaba ver a los osos cambiar a ojos vista. En otros tiempos, modestos, sencillos, pacientes, bonachones; ahora soberbios, ambiciosos, llenos de envidia y de caprichos. No por nada han vivido trece años en medio de los hombres.

Especialmente le desagradaba al Rey que, en lugar de contentarse como en otros tiempos con su hermosa piel, ahora la mayor parte de sus animales se pusieran trajes, uniformes y abrigos copiados de los hombres, creyendo ser elegantes; y no vacilaban en cubrirse de ridículo. A costa de reventar de calor, se les veía de paseo hasta con gruesos abrigos de piel, como para hacer saber al mundo entero que el dinero no les faltaba.

Y si fuese sólo por eso. Pero discutían por la menor tontería, decían palabrotas, se levantaban tarde por la mañana, fumaban cigarros y pipas, echaban barriga y se ponían de día en día más feos. No obstante, el Rey se aguantaba; se limitaba a alguna regañina de vez en cuando y prefería, en general, cerrar los ojos. A fin de cuentas, unas migajas no eran delito. Pero, ¿cuánto tiempo se podía seguir así? ¿Dónde irían a parar a este paso? El Rey Leoncio estaba inquieto, tenía la oscura impresión de que algo se preparaba.

Y comenzaron, en efecto, algunos hechos extraños:

El primer hecho misterioso fue

*el hurto de la nueva varita mágica  
del profesor De Ambrósiis.*

El nigromante había acabado ya de prepararla con todas las brujerías necesarias; estaba justo dándole los últimos toques cuando le fue robada de improviso. Busca por aquí, busca por allá: nada. Investigaciones de la policía: nada. Entonces, el mago acudió al Rey Leoncio para contarle lo ocurrido.

Leoncio se inquietó. Un hurto tan grave no había sucedido desde que él reinaba.

Leoncio consultó con el gran chambelán Salitre (oso muy inteligente que tenía, sin embargo, la debilidad de creerse guapísimo y llevaba una larga pluma en el sombrero), y decidieron convocar a la población de los hombres, a los cuales el Rey, desde el balcón, dirigió un hermoso discursito:

«Señoras y señores», les dijo, «al profesor De Ambrósiis, que es tan bueno, algún malintencionado le ha quitado una varita mágica de reciente construcción. ¡Ciudadanos!», continuó, «esto es un desorden! ¡Quien la haya robado que levante la mano!»



*El Rey Leoncio, habiéndole sido robada al profesor De Ambrósiis su varita mágica, arenga a la ciudadanía, exhortando al culpable a restituir el valioso objeto y amenazando en caso contrario con severas penas. Está rabioso.*



Pero nadie levantó la mano.

«Pues bien», dijo Leoncio, «puede ser que el culpable no esté presente. Yo, entonces, os voy a decir una cosa: si dentro de diez días el ladrón, de un modo u otro, no se descubre, os haré responsables a todos y pagaréis al astrólogo un doblón por cabeza».

«¡Uuuuuuhhh!», murmuró espantada la multitud. Y hasta hubo alguno que quiso insultar al soberano.

«¿Ah, sí?», replicó Leoncio, sintiendo que se le subía la sangre a la cabeza. «Entonces serán dos doblones por cabeza. ¡Y estaréis arreglados!»

Dicho esto, se retiró a sus apartamentos, mientras hombres y mujeres se alejaban entre comentarios diversos.

Pero el astrólogo fue al palacio y le dijo:

«Majestad, has convocado a los hombres y te lo agradezco. Pero, ¿por qué no has hablado también a los osos?»

«¿A los osos? ¿Qué les habría de decir?»

«Habría que decir que mi varita pudo ser robada por un hombre, pero también por un oso».

«¿Por un oso?», exclamó Leoncio sorprendido. «¿Desde cuándo los animales hacen cosas así?»

«Sí, señor, por un oso», replicó el astrólogo resentido. «¿Quizá es que tú crees a los osos mejores que a los hombres?»

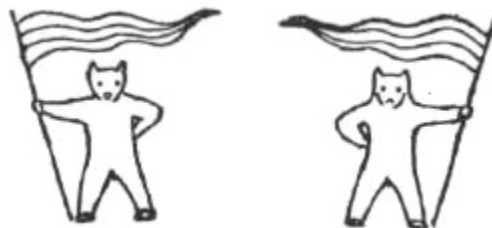
«¡Pues claro que lo creo! Los osos no saben ni siquiera qué significa la palabra "robar"».

«¡Ja, ja!», se burló el mago.

«¿Te burlas, profesor?»

«Me burlo, sí señor», respondió De Ambrósii. «Buenas te las podría contar, si quisiera, sobre tus inocentes animalitos».

*Y aquí oiréis, niños y niñas,  
el misterio del parque de globigerinas.*







## CAPÍTULO NOVENO

El segundo misterio fue, en efecto:

*El secreto del parque de globigerinas.*

«Una noche», contó, justamente, el profesor, «mientras iba a dar una vuelta por el parque de globigerinas...»

«¿Donde vive mi chambelán Salitre?», interrumpió el Rey Leoncio.

«Eso no lo sé», dijo el mago, «yo sé solamente que mientras me paseaba entre las plantas, levanté un momento la vista por encima de los árboles y adivina qué es lo que veo».

«¿Un pájaro?», sugirió Leoncio, atenzado por la curiosidad. «¿O quizá un monstruo?»

«Veo un palacio todo de mármol, iluminado como para un sarao, que resplandecía en la noche. Interesado, me acerco. De las ventanas salen músicas y risas, como si hubiese una gran fiesta. Después, percibo a ras del suelo otras aberturas iluminadas. Me agacho para curiosear. Y veo una inmensa bodega, más grande que una iglesia, y, a lo largo de las paredes, mastodónticas cubas de las que sale a chorros el vino. Y mesas servidas, y por todas partes valiosas botellas, y músicos que tocan, y camareros que van y vienen llevando tartas monumentales, y sentados a la mesa...»

«¿Quién? ¿Pero quién?», interrumpió de nuevo Leoncio.

«¡Tus osos, Majestad, tus osos! ¡Borrachos perdidos del primero al último, desgañitándose con obscenas canciones! ¡Unos, vestidos con ricos mantos, otros con chaqué, otros tumbados en posturas indecentes, otros agujereando las cubas para beber luego del chorro, otros caídos bajo las mesas!»

«¡Es una calumnia!», jadeó el Rey Leoncio.

«¡Lo he visto con mis propios ojos, te lo juro!», protestó el mago.

«¡Bien, voy inmediatamente a verlo! Y si has dicho una mentira, ¡me las pagarás!»

El Rey no se lo pensó ni un momento. Ya había caído la noche. Acompañado por un batallón de guardias, se dirigió al bosque de las globigerinas y vio resplandecer, sobre la masa oscura de los árboles, la cúpula de un palacio fantástico, constelado de luces. Espumeando de ira, se adelantó para sorprender in fraganti a los borrachuzos. Pero en cuanto salió de la espesura del bosque y apareció en el claro, el

palacio maravilloso había desaparecido. En su lugar, había una mísera casucha con una ventanuca iluminada. El Rey quiso entrar a ver.

Abriendo de repente la puerta, encontró al chambelán Salitre que leía un gran libro a la luz de un candil.

«¿Qué haces aquí a estas horas, Salitre?»

«Estudio el gran libro de las leyes, Majestad, y ésta es mi humilde casa».

Pero Leoncio olfateaba alrededor. Había en el aire un curioso olor... Qué extraño, se diría que era un perfume de flores, de manjares, de buenos vinos. Una sospecha nació en el Rey.

¿Qué podría decir, sin embargo, en esos momentos?

«Buenas noches, Salitre», barbotó. «¿Sabes? Pasaba por aquí, por casualidad, y he entrado a hacerte una visita».

Se fue, entonces, más bien avergonzado, y volvió al palacio meditando aquel enigma.

En toda la noche no pudo dormir. Tormentosas preguntas asaltaban borrascosamente su cerebro.

¿Había mentido el mago?

¿Pero cómo también él, Leoncio, había descubierto el palacio más allá de las plantas?

¿Pero cómo había podido el palacio desaparecer después de repente?

¿Sería un palacio encantado?

¿Pero quién podía hacer encantamientos si no era el mago?

¿Pero no le habían robado al mago la varita?

¿Quién entonces podía hacer brujerías sino el ladrón?

¿Y cómo, por cierto, estaba Salitre en aquella solitaria casucha?

¿Y cómo explicar aquellos extraños olores de asados y vinos?

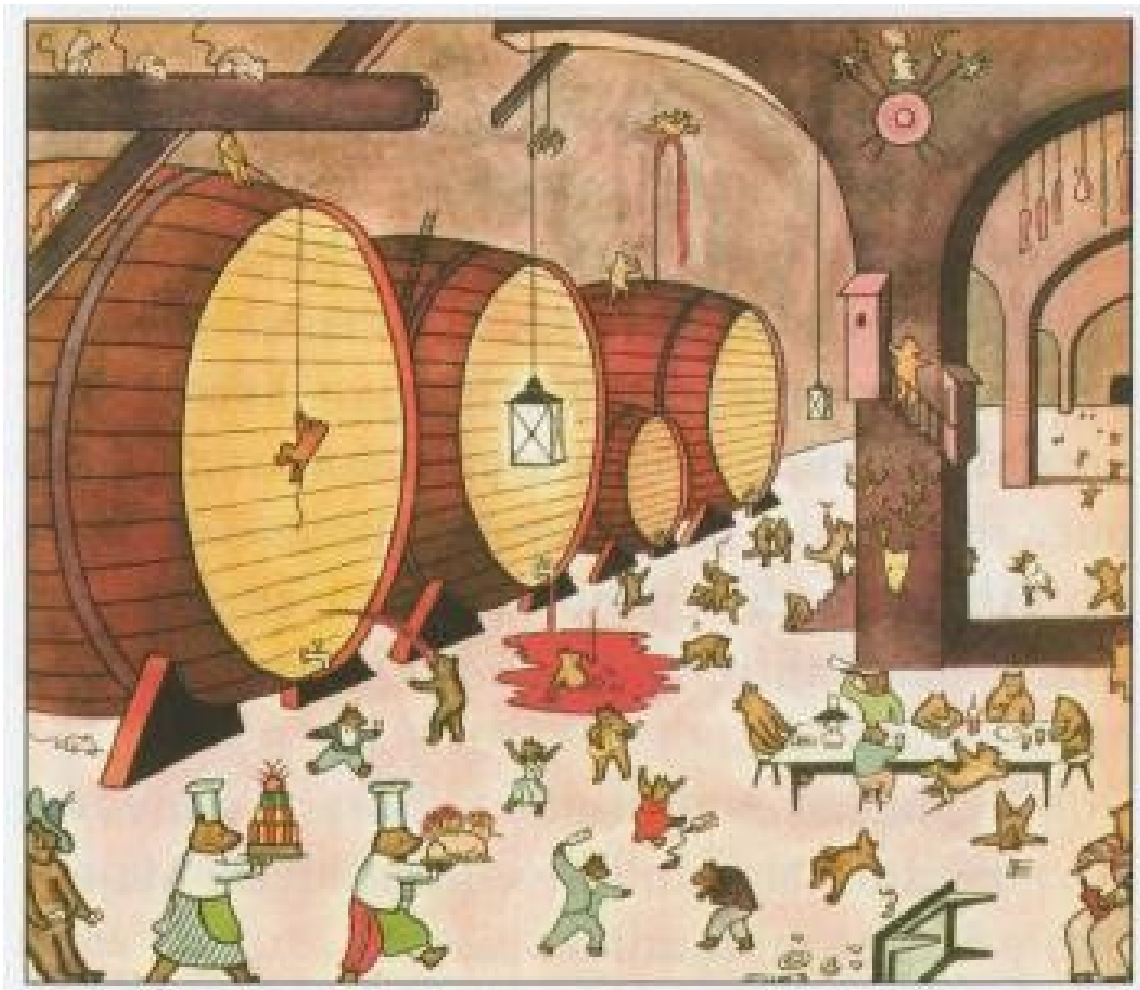
¿Estaría implicado Salitre en aquel turbio asunto?

Pero la indignación de Leoncio llegó al colmo cuando al alba le vinieron a anunciar el tercer hecho misterioso, esto es

### *el saqueo de la Gran Banca Universal.*

Bandidos armados y enmascarados habían asaltado durante la noche el edificio, matando a los guardianes, forzando la puerta blindada y robando el tesoro entero. Las cajas del Estado no tenían ya ni un céntimo.

¿Y el culpable? Salitre explicó con magníficas argumentaciones que no podían haber sido delincuentes vulgares. Habían sido, sin duda, maleantes guiados por un hombre astuto, hábil en lo manual y profundo en la ciencia. Sólo uno, sostenía en suma el chambelán, podía haber organizado un golpe semejante. Y su nombre era De Ambrósiis.



*Nuevos síntomas de la corrupción de los osos. Cuenta De Ambrósiiis que ha descubierto, en la bodega de un palacio misterioso, a las fieras abandonándose vergonzosamente a obscenas francachelas. El relato deja al Rey Leoncio perplejo y muy disgustado.*

A Leoncio le pareció que se le caía una venda de los ojos: ¿pero cómo no lo había comprendido antes? ¿Pero cómo no se había dado cuenta por sí mismo? Ahora se lo explicaba todo: De Ambrósiis tenía envidia de los osos, por los que había malgastado sus dos encantamientos; De Ambrósiis había inventado el robo de la varita para evitar que el Rey pudiera pedirle otros servicios y para desacreditar a las fieras; De Ambrósiis, siempre para calumniar a los osos, había puesto en escena la fábula del banquete nocturno en la bodega (y si él, Leoncio, había creído por un instante percibir el palacio, había sido por autosugestión). En fin, De Ambrósiis sediento de poder y de oro, maquinó el saqueo de la Banca.

De Ambrósiis fue detenido media hora después por orden expresa del Rey, aunque protestó de lo lindo. Lo cargaron de cadenas y lo encerraron en la celda más profunda y tenebrosa de la prisión.

Pero, entretanto —nos preguntamos—, ¿qué va curioseando en la sede de la Banca, tras las idas y venidas de los policías encargados de las indagaciones, cierto oso Jazmín, que suele vagabundear por la ciudad con aspecto estúpido, hasta el punto de que se le cree un poco tocado de la cabeza?

«¡Andando! ¡Fuera de aquí!», le gritan los guardias.

Él, en cambio, ni caso. Pone una sonrisita boba como si no hubiese entendido y, mientras tanto, continúa mirando a hurtadillas a su alrededor, especialmente allí donde eran más evidentes las huellas de los ladrones: la puerta blindada de la cámara del tesoro, que yace por tierra arrancada de sus goznes.

«¿Ha sido De Ambrósiis?», se pregunta Jazmín incrédulo, y se agacha para recoger del suelo seis o siete pelos que han escapado a los ojos de la policía gubernativa. Los huele, los mira a contraluz.

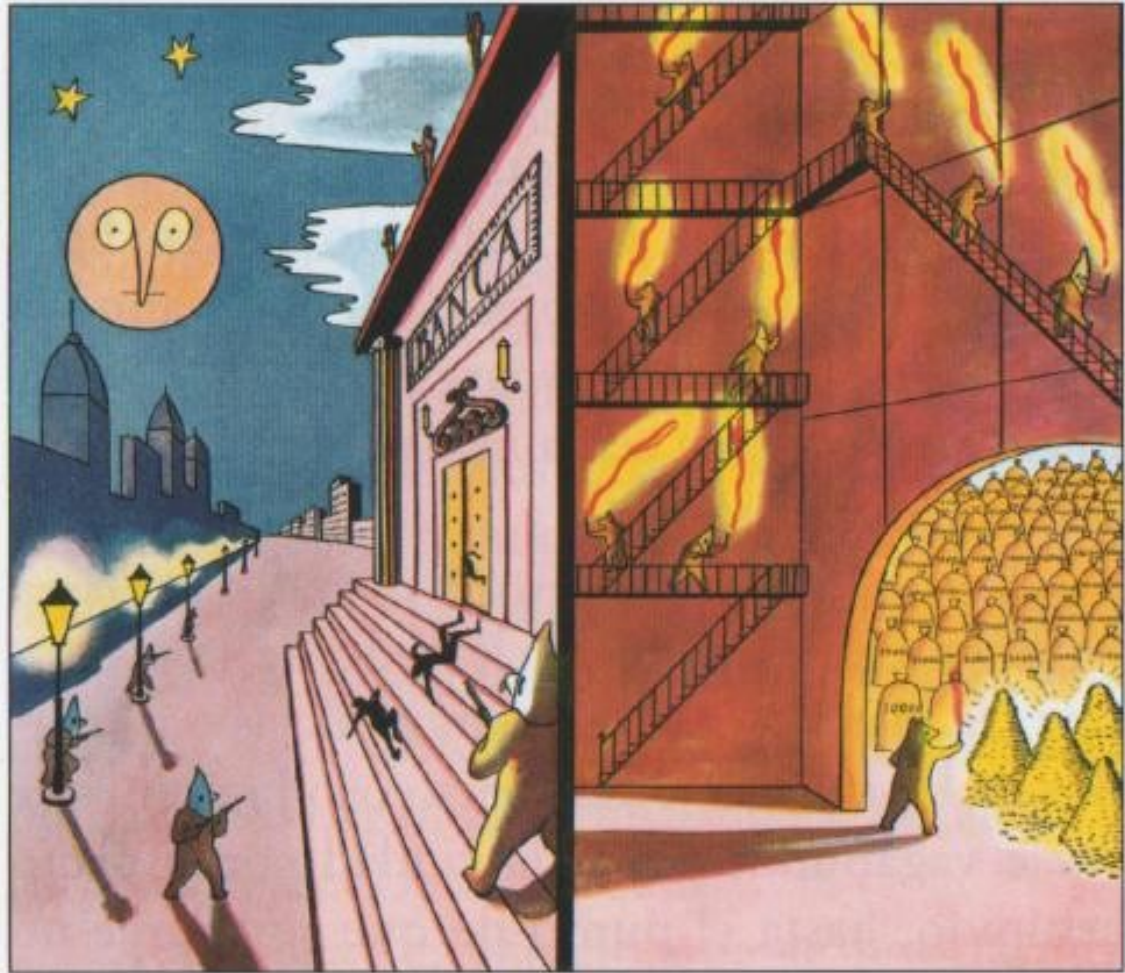
«¡Suelta eso, entrometido!», le grita un guardia. «¿Qué es lo que has recogido del suelo?»

«Nada, sólo unos pelos».

«¿Pelos? ¡Déjame ver inmediatamente!», y apenas los ve, el policía se pone a gritar como un grajo. «¡Los pelos de la barba del mago! ¡Los pelos del mago! ¡Comisario, comisario! ¡Aquí está la prueba decisiva!»

Sin embargo, Jazmín ríe aún con aire estúpido. Sí, sí, barba; sí, sí, mago. Él los ha reconocido enseguida: son pelos de oso, apostaría la cabeza.

¡Ay! Han sido, pues, los osos los que han dado el golpe delictivo. Y De Ambrósiis es inocente. Pero ahora, ¿cómo poner sobre aviso al Rey Leoncio? ¿Cómo convencerle? ¿Cómo salvar a De Ambrósiis de la horca? Desde hace algún tiempo Jazmín vive con los ojos siempre abiertos. ¡Sabe tantas cosas, además de este asunto del tesoro, que Leoncio ni se imagina! Y ahora no hay tiempo que perder. Incluso a costa de darle un enorme disgusto, es necesario advertir al Rey Jazmín debe enviarle una carta.











## CAPÍTULO DÉCIMO

Con el correo de la mañana le llega al Rey la siguiente misiva, que transcribimos textualmente, con todas las faltas de ortografía (porque Jazmín ha sido siempre bastante burro en la escuela).

*Buen Rey, tienes cerca una bíbora  
que te ace cometer hinjusticias.  
Un hinocente está encerrado en prisión  
y el ladrón está por eso contentón.  
Tú: «y si lo sabes, ¿por qué no lo dizes?»  
Yo: «¡Porque no quiero piyarme las narizes!»  
Pero una noche de estas  
pasa por la calle de La Bruyère 40  
y acuérdate del esmoquin ponerte,  
o el elegante chaqué.  
Antes de que la noche llegue a su fin  
se lo agradecerás a*

JAZMÍN

¿Qué nueva diablura era aquélla? ¿Un nuevo misterio? ¿No había ya bastantes? El Rey no se aclaraba. Sin embargo, Jazmín le había sido siempre simpático y quiso seguir su consejo.

En cuanto se hizo de noche, poniéndose por primera vez en su vida un traje de gala (porque odiaba las ropas de cualquier clase), se dirigió completamente solo al lugar indicado. Las calles estaban desiertas.

El número 40 de la calle de La Bruyère era un elegante chalet. El Rey llamó, se abrió la puerta, un mayordomo galoneado le acompañó hasta arriba por una escalerilla y al final de la escalera divisó, ¡oh, maravilla!, una gran sala, en la que Leoncio, paralizado de estupor, vio docenas de osos elegantísimos —y alguno hasta con un monóculo— que jugaban a juegos de azar. Voces confusas se entremezclaban. «¡Buen golpe! ¡Capote!», gritaba uno. «¡A mí diez mil, veinte mil!». Y otro: «¡Desbancado, maldición! ¡Estoy arruinado! ¡Canallas!» Montones de oro pasaban, en el caprichoso juego de la fortuna, de unos a otros, con una rapidez extraordinaria. De aquí y allá surgían risas. ¡Qué depravación, qué vergüenza! Pero se le heló la sangre en

las venas cuando su mirada se dirigió al fondo de la sala. ¿Sabéis quién estaba allí? Tonio, su hijo, que estaba dilapidando su sueldo de príncipe, del que sólo le quedaban ya unas monedas. Sentados a su mesa había tres osos de aspecto patibulario. Uno de ellos decía: «Adelante, jovencito, me debes todavía 500 ducados». Y lo decía de tal modo que Tonio, espantado, a quien no le quedaba ya ni un real, se arrancó del cuello un precioso colgante de oro, regalo de su padre por su cumpleaños, y lo arrojó sobre el tapete verde.

«¡Desgraciado!», gritó en ese momento el Rey desde la entrada, y se precipitó a través de la sala, aferró por el cuello a su hijo, sin escuchar las protestas de los jugadores que no lo habían reconocido, lo arrastró a la salida y después afuera, sin decir una palabra, hasta el palacio. Tonio, avergonzado, sollozaba.

Y ahora, medidas enérgicas. Esa misma mañana, el innoble garito fue invadido por la policía, pero no se encontró más que al personal de servicio, y ninguno sabía quién era el patrón. La casa de juego tenía tres pisos:

En la planta baja: sala de ruleta, bar y guardarropa.

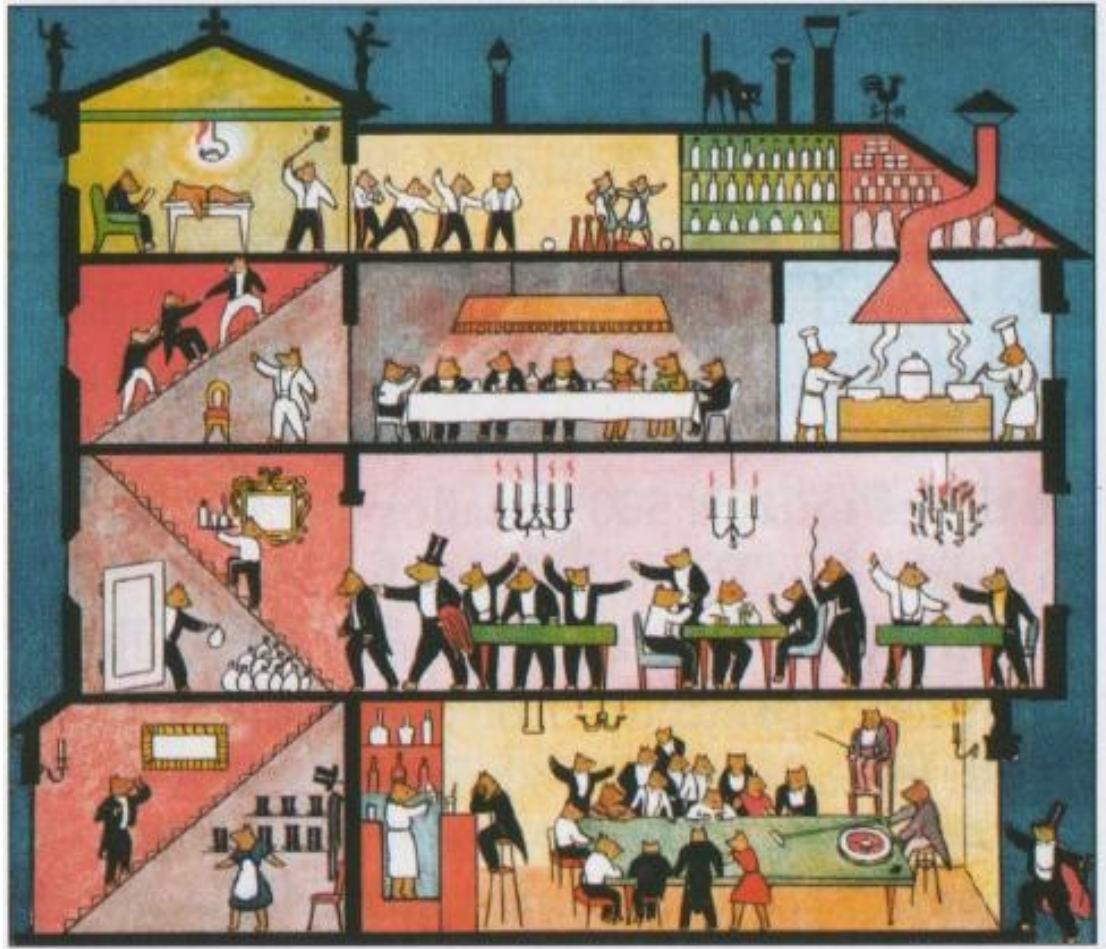
En el primer piso: gran salón para juegos de cartas y escondrijo en donde el misterioso tahúr amontonaba las ganancias.

En el segundo piso: cocina y sala de banquetes.

En el tercero y último: despensa, sala de descanso para la servidumbre con juego de bolos y saleta de castigo, donde a los jugadores sorprendidos haciendo trampas les azotaban primero y luego les obligaban a aprenderse de memoria poesías educativas, como «La cigarra y la hormiga» (y todo esto porque, con gran hipocresía, la dirección quería dar a entender que la casa sólo era frecuentada por osos de las mejores familias).

Todo esto desconcertó al Rey Leoncio. Así que la detención del mago no había bastado para acabar con todo lo corrompido. ¿Quién era realmente el propietario de la casa de juego? ¿Y por qué Jazmín no había tenido valor de explicarse mejor? Cuanto más pensaba el Rey más le confundían las ideas. Pero siempre tenía que llegar a la misma conclusión: alguien, que no era el profesor De Ambrósiis, estaba sembrando entre los osos la corrupción y el delito. Debía de ser una persona rica, poderosa y muy astuta, que trabajaba en la sombra, preocupada de no hacerse descubrir. Si no se la desenmascaraba cuanto antes, ¡adiós paz y tranquilidad!

Entonces el Rey Leoncio, para pedir consejo y tantear el terreno, convocó una asamblea general. Osos y hombres, dejando diversiones y negocios, se reunieron en la plaza. Allí se desarrolló el siguiente diálogo:



*El Rey Leoncio, por sugerencia de Jazmín, oso detective, visita un chalet en la calle de La Bruyère y descubre un garito, o sea una casa de juego. Y no sólo eso. ¡Sorprende a su hijo Tonio que despilfarra todo cuanto posee en el ruinoso vicio.*

El Rey, con voz trágica:  
«¿Quién ha robado la varita mágica?»

Los hombres, a coro:  
«Nosotros no, nosotros no».

Los osos, a coro:  
«Nosotros no, nosotros no».

El Rey:  
«Salitre, ¿tú sospecharías  
quién está organizando las orgías?»

Salitre:  
«Me maravilla, Majestad, que tengas estos pensamientos  
cuando deberíamos ocuparnos de asuntos más serios».

El Rey:  
«Y bien, Salitre, ¿crees que han usado encantamientos  
para robar en la Banca hasta el último céntimo?»

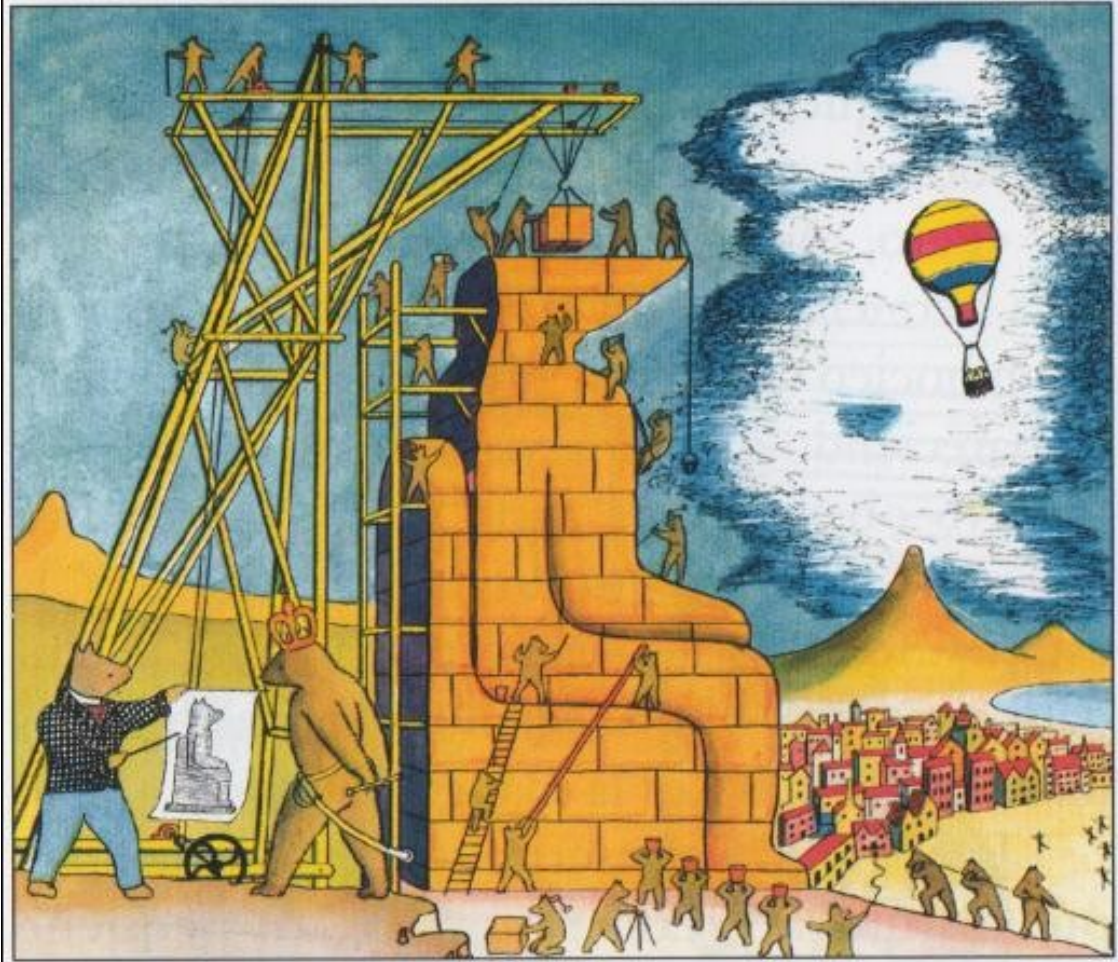
Salitre:  
«¡Basta, basta, Majestad, de todas estas cuitas!  
He venido a traerte una buena noticia».

El Rey:  
«¡Oh, no! Déjame concluir con mi investigación:  
¿quién creéis que será del garito el patrón?»

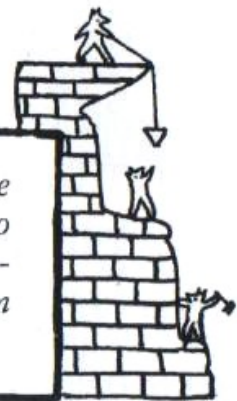
Los hombres, a coro:  
«Rey, es mejor olvidar.  
¿Para qué te quieres amargar?»

Salitre (mostrándole un papel):  
«Mejor contempla, Majestad, este monumento.  
¡Espero que estarás contento!»

Era el dibujo de una estatua inmensa que representaba justamente a él, al Rey Leoncio. Y como también los osos están hechos de carne y vanidad, todas las preocupaciones del Rey desvaneciéronse de un golpe. «¡Oh, mi buen Salitre!», exclamó conmovido. «Sólo ahora comprendo cuánto me quieres. ¡Pensar que por un momento he dudado de ti!» E inmediatamente olvidó todos los problemas.



*Para aplacar la amargura del Rey, el chambelán Salitre hace edificar un gigantesco monumento en su honor. Pero la alegría es breve. Abajo, a la derecha, aparecen corriendo algunos pescadores atemorizados que seguro que traen una mala noticia.*



Esta vez —nos disgusta admitirlo, pero es así—, el Rey Leoncio se comportó como un simplón. La idea del monumento le hizo perder literalmente la cabeza. Las demás preocupaciones desaparecieron como por encanto. ¡Qué importaban De Ambrósiis, o los delitos, o la timba! Leoncio envió inmediatamente un batallón de osos a las montañas para buscar el mármol, contrató ingenieros, albañiles y picapedreros, e hizo dar comienzo a los trabajos.

En breve, la inmensa estatua empezó a surgir piedra a piedra, en la cima de una colina que dominaba la ciudad. Se la podría ver a decenas de kilómetros de distancia. Centenares de osos trabajaban día y noche y cada poco tiempo el Rey visitaba las obras, donde el chambelán le daba toda clase de explicaciones. Muy pronto, piedra a piedra, se llegó a la cabeza. El hocico del gigantesco oso comenzaba a perfilarse contra el azul del cielo. A bordo de globos aerostáticos y pequeños dirigibles los ingenieros volaban sobre la ciudad para juzgar el efecto.

«Pero, ¿por qué un hocico tan largo?», pensaba Leoncio. «Yo no tengo de ninguna manera un hocico tan largo. Se diría más bien que se va pareciendo a Salitre, vista desde lejos».

No obstante, no tenía valor para decirlo abiertamente, para no disgustar a nadie. Y la estatua dominaba ya majestuosamente la ciudad, el golfo y el mar lejano; dentro de pocos días se podría hacer la inauguración.

Pero como está escrito que en la vida no se puede nunca estar tranquilo, un pequeño grupo de pescadores irrumpió en la plaza, presos de terror:

«¡Socorro, socorro!», gritaban. «¡Es el fin del mundo!»

Ha aparecido una inmensa serpiente de mar, cuentan, que, sacando fuera de las olas su desmesurado cuello hasta la ribera, se ha tragado ya tres casas y una iglesia, incluidos el párroco y el sacristán.





## CAPÍTULO UNDÉCIMO

Los hombres:

*Serpentón de mar  
del mundo lejano,  
¿lágrimas o flores  
vienes a entregarnos?*

La serpiente:

*Oh, no, esta voz mía  
os trae el misterio  
que nadie conoce  
del abismo negro.*

Los hombres:

*Del profundo abismo  
nos salvó el amor  
del Crucificado  
que murió por nos.*

La serpiente:

*Muerte y desolación;  
sobre vosotros, eterno,  
el veneno de los dientes  
de la boca del infierno.*

Los hombres:

*Peste y llamaradas  
en nuestros cobijos.  
¡Deprisa, las madres,  
salvad a vuestros hijos!*

¡Y entonces las madres escaparon de las casas de la costa llevando en brazos a sus niños, y huyeron también los hombres, los perros y los pajarillos, que son capaces de volar! Pero para salvar la ciudad, el Rey Leoncio salió al mar con los osos más valientes y subió a bordo de un esquife para combatir al monstruo. Iba armado de un fuerte arpón y los otros de escopetas y arcabuces. También estaba Salitre, armado de un gran fusil: aunque el Rey le había dicho que se



podía quedar en casa, se había empeñado en venir también él.

Mientras desde la costa una inmensa multitud los contemplaba conteniendo la respiración, la barquichuela, empujada gallardamente por los remeros, se separó de la ribera acercándose a la terrible culebra, que alzaba y escondía alternativamente la cabeza entre el oleaje espantoso de espuma.

Leoncio, de pie en lo alto de la proa, levantó el arpón pronto para asestar el primer golpe.

Y he aquí que de una de las ondas surge vibrando un cuello alto como una encina, sosteniendo la cabeza más horripilante que se pueda imaginar. La serpiente abrió de par en par las fauces, que parecían una cueva, y se lanzó sobre la frágil barca. Entonces Leoncio arrojó el arpón.

Silbando, el arpón voló como un rayo y se hundió al menos tres palmos en la garganta del monstruo. Siguió una fragorosa detonación: los compañeros del Rey habían descargado a la vez sus armas para asestar el golpe de gracia.

Durante un minuto el esquife quedó envuelto en una densa nube de humo a causa de los disparos. Después, mientras la serpiente de mar se hundía entre borbotones de sangre y un altísimo grito de alegría retumbaba de ribera a ribera, el viento se llevó el humo y se pudo ver.

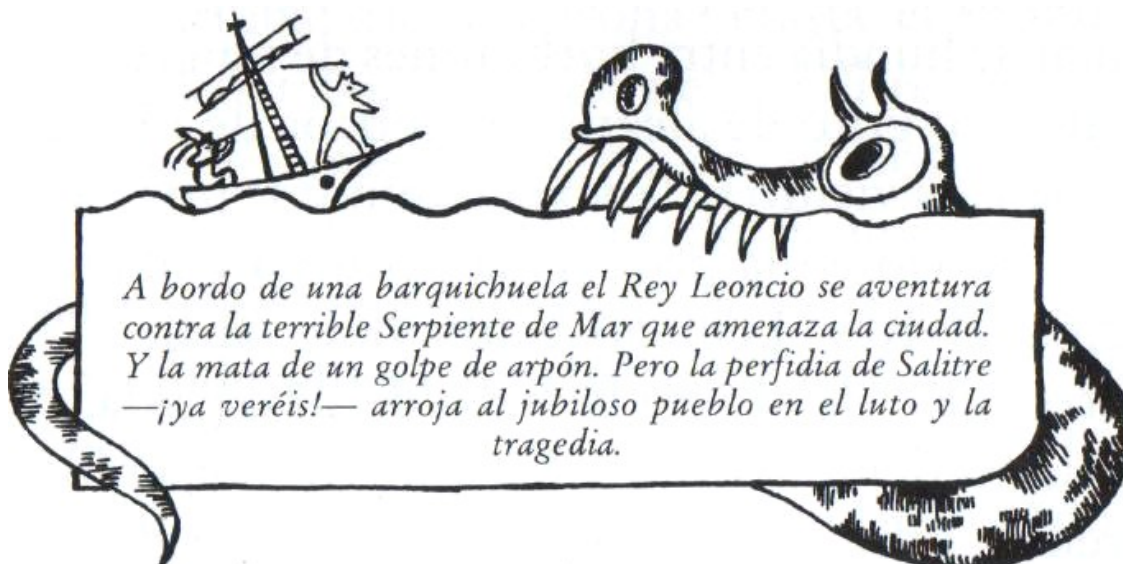
Se vio en la proa de la pequeña embarcación al Rey Leoncio caído boca abajo. Un arroyuelo de sangre brotaba de su espalda. Al mismo tiempo, uno de los remeros, dejando el remo, saltó en pie blandiendo un hacha, se lanzó contra el chambelán Salitre y le separó de un solo tajo la cabeza del cuerpo. Era el oso Jazmín.

¡Qué tragedia!

Embarcándose expresamente para no perder de vista a Salitre, el valiente oso detective lo había visto todo: aprovechándose del tiroteo general, el chambelán había disparado, no contra el monstruo, sino contra su Rey. ¡Ay, el tímido Jazmín sospechaba la verdad desde hacía algún tiempo, pero no había tenido valor para confesarle todo al Soberano: esto es, que la varita mágica había sido robada por Salitre, que a Salitre se debían los banquetes en la bodega del palacio embrujado; Salitre había saqueado la Banca; Salitre había organizado el garito; Salitre conspiraba para suprimir a Leoncio y arrebatarle la corona. Hasta el monumento le estaba destinado a él, a Salitre, y no al Rey, que jamás había tenido el hocico tan largo. Pero Jazmín, esperando siempre que el chambelán se traicionase a sí mismo, no había indicado a Leoncio más que el asunto de la timba. Y ahora era ya demasiado tarde.

Con el Rey mortalmente herido a bordo, la navecilla se apresuró hacia la ribera en un inmenso silencio, porque la multitud, petrificada por el dolor, no podía ni siquiera llorar.





Desembarcado en la playa, Leoncio fue llevado al palacio; los médicos acudieron a curarlo, pero no se atrevieron a decir nada. Alguno sólo movía la cabeza, dejando entender que cualquier esperanza parecía perdida.





## CAPÍTULO DUODÉCIMO

Y hemos llegado a la noche en la cual el Rey Leoncio llamó a su hijo y a los osos más fieles porque se sentía próximo a la muerte. Por el pequeño agujero hecho por la bala huía poco a poco la vida.

Para no amargarlo más, ninguno tuvo el valor de decirle que la varita mágica y el oro sustraído a la Banca habían sido encontrados en el palacio del mismo Salitre, que efectivamente este magnífico palacio existía y que en aquella noche famosa, dándose cuenta de que el Rey se acercaba, el chambelán lo había hecho desaparecer momentáneamente mediante un golpe de la varita mágica robada.

Pero el Soberano se alegró mucho de ver aparecer en su cuarto al profesor De Ambrósiis, mandado desencarcelar enseguida.

«No nos dejes, papá», imploraba su hijito Tonio. «Sin ti, ¿qué haremos? Tú nos has conducido desde las montañas, nos has librado de los enemigos y de la serpiente de mar. ¿Quién dirigirá ahora a nuestro pueblo?»

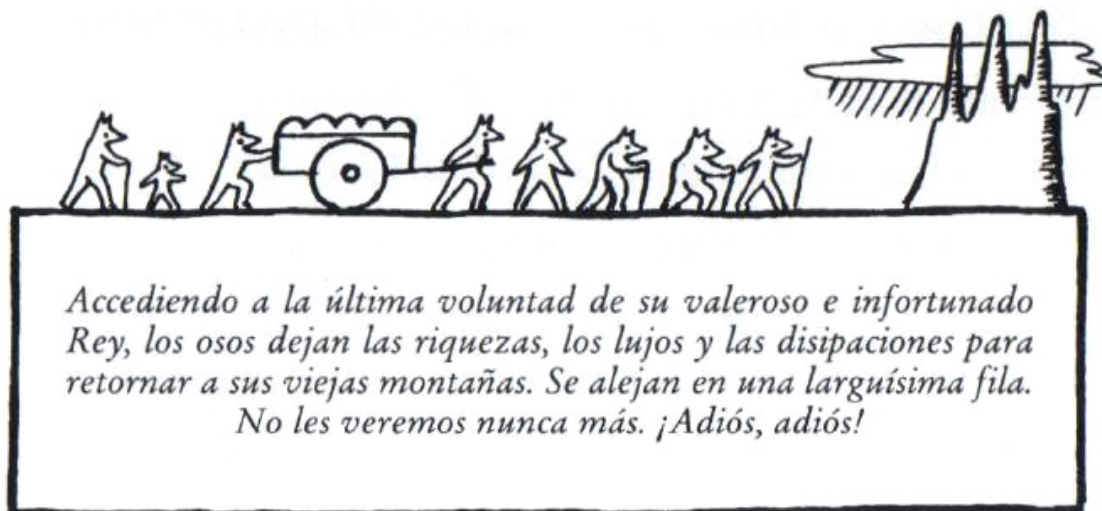
«No te atormentes, Tonio», murmuró el Sire. «Nadie es necesario en este mundo. Partido yo, habrá algún otro caballero capaz de custodiar la corona. Pero para vuestra salvación, hermanos, habréis de prometerme una cosa».

«Habla, oh Rey», dijeron todos cayendo de rodillas. «Nosotros te escuchamos».

«Volved a las montañas», dijo lentamente Leoncio. «Dejad esta ciudad donde habéis encontrado la riqueza, pero no la paz del espíritu. Quitaos de encima estos vestidos ridículos. Tirad el oro. Arrojad los cañones, los fusiles y todas las demás cosas diabólicas que los hombres os han enseñado. Volved a ser los que erais antes. ¡Qué felices vivíamos en aquellas solitarias cavernas abiertas a los vientos y no en estos melancólicos palacios llenos de cucarachas y de polvo! Las setas del bosque y la miel silvestre os parecían entonces el manjar más exquisito. ¡Oh, bebed otra vez el agua pura de los manantiales y no el vino, que arruina la salud! Será triste separarse de tantas cosas bellas, lo sé, pero luego os sentiréis más contentos y seréis también más hermosos. Estamos gordos, amigos, ésta es la verdad, y hemos echado barriga.»

«¡Oh, perdónanos buen Rey!», dijeron todos. «¡Ya verás como te obedeceremos!»





El Rey Leoncio se levantó sobre las almohadas para respirar el aire perfumado del atardecer. Estaba cayendo la noche. Y por las ventanas abiertas de par en par se veía la ciudad que resplandecía maravillosamente bajo los últimos rayos del sol, los jardines floridos y, al fondo, una franja de mar celeste que parecía un sueño.

Se hizo un gran silencio. Y de repente los pajarillos se pusieron a cantar. Entraban por la ventana llevando cada uno en el pico una florecilla y, revoloteando graciosamente, la dejaban caer sobre el lecho del oso moribundo.

«Adiós, Tonio», susurró aún el Rey. «Ahora tengo que partir. Os ruego, si no es demasiado trabajo, que me llevéis también a las montañas. Adiós, amigos. Adiós, amado pueblo. Adiós también a ti, De Ambrósiis; ¡un golpecito de tu varita mágica quizá no sería inútil para devolver la razón a mis buenos animales!»

Cerró los ojos. Le pareció como si desde las amables sombras, los espíritus de los antiguos osos, de los parientes, de su padre, de los compañeros caídos en combate, se acercaban a él para acompañarlo al lejano paraíso de los osos, donde florece eterna la primavera. Y acabó su vida con una sonrisa.

Y al día siguiente los osos partieron.

Ante el estupor de los hombres (y también cierto disgusto, porque en general aquellas bestias habían resultado simpáticas), los osos dejaron los palacios y las casas tal como estaban, sin llevarse siquiera un alfiler, amontonaron en una plaza todas las armas, los vestidos, las condecoraciones, los penachos, los uniformes, etc., y lo prendieron fuego. Distribuyeron entre los pobres todo el dinero, hasta el último céntimo. Y en silencio desfilaron en columna por el camino que trece años antes habían descendido de victoria en victoria.

Dicen que la muchedumbre de los hombres, apiñada en lo alto de las murallas, prorrumpió en lamentos y sollozos cuando el cuerpo del Rey Leoncio, llevado a hombros por cuatro hercúleos osos, salió por la puerta mayor rodeado de una selva de antorchas banderas (y quizá también a vosotros os disguste un poco verlo partir para siempre).

Los niños:

*Oseznos amigos, no nos dejéis tristes.  
Pronto será noche y oscura la vía.  
Por vuestro camino las brujas terribles  
irán acosándoos hasta el nuevo día.  
Quedaos al menos algún tiempo más  
que os enseñaremos divertidos juegos  
y nunca os haremos volver a enfadar;  
os daremos nueces, frutas, caramelos,  
jugaremos juntos a indios y vaqueros.  
Haremos cometas, volcanes de arena;  
con barcos y trenes, por días enteros  
nos divertiremos jugando a la guerra.  
Luego, cada tarde contaremos cuentos  
y cada día que pase estaréis más contentos.*

Los oseznos:

*Adiós, niños, ya nos vamos.  
No nos digáis esas cosas.  
Estamos tristes. Viajamos  
hacia tierras misteriosas.  
También querríamos quedarnos  
jugando con los amigos  
aquí, en el alegre prado,  
hasta que haya anochecido.  
Pero, ¡ay!, nunca más podremos.  
Dios nos llama a las montañas.  
Así acaban, como un sueño,  
nuestra historia y nuestras hazañas.*

Y así, a lo largo de la blanca carretera que se perdía hacia las montañas, se alejaba el inmenso cortejo, hasta que el último batallón dejó la ciudad, volviéndose para saludar.

Poquito a poco la larguísima fila se hacía más pequeña y tenue. Hacia el ocaso ya no era más que una sutil línea negra sobre el lomo de una colina lejana. (Pero más remotas, a una distancia incalculable, refulgían las altísimas cimas, rodeadas de hielo y soledad.) Después ya no se vio más.

¿Dónde fue enterrado el Rey Leoncio? ¿En qué bosque de abetos, en qué verde prado, en el corazón de qué peñasco? Nadie lo ha sabido nunca, probablemente no lo sabremos jamás. ¿Y qué hicieron después los osos en su antiguo reino? Son secretos custodiados por la eternidad de las montañas.

Para recordar la estancia de los osos entre nosotros, sólo quedó el monumento inacabado, con la mitad de la cabeza construida, dominando los tejados de la capital. Pero las tempestades, el viento, los siglos, han destruido poco a poco también aquello. El año pasado no quedaban más que algunas piedras, erosionadas e irreconocibles, amontonadas en el rincón de un jardín.



«¿Qué son esos extraños pedruscos?», preguntamos a un viejo patriarca que pasaba por allí.

«Pero, ¿cómo?», dijo amablemente. «¿No lo sabéis, señor? Son los restos de una antigua estatua. ¿Ve? En los tiempos de Maricastaña...»  
Y empezó a contar.





# ÍNDICE

---

.....5